



Víctor Falcón Castro (Lima, 1979)

Se licenció en Administración de Empresas en la Universidad del Pacífico. Durante los últimos años, ha desarrollado trabajos como guionista de televisión. Obtuvo una mención honrosa en el III Concurso de Cuentos Crisol (Lima, 2003). Finalista en el XI Certamen Internacional de Poesía y Narrativa Breve (Buenos Aires, 2005). Ha publicado el libro de cuentos *Cómo alterar el orden de todo* (Arteidea, 2005), el cual tuvo buena acogida por parte de la crítica local.

Los cuentos de Víctor Falcón Castro nunca tienen finales felices, porque lo que narran es la destrucción de la felicidad. La felicidad abierta en canal sobre la mesa de autopsias de un reality show que transcurre en la morgue de una ciudad sin nombre. Ya en *Cómo alterar el orden de todo* (2005) Víctor Falcón Castro había descubierto que los seres malditos, perversos y desgraciados eran más literarios que los benditos, bondadosos y afortunados. Pero en los relatos de *Mujeres a punto de alzar vuelo* esa certeza se ha Enriquecido con estilo, lecturas y densidad. El mundo de Víctor Falcón Castro le debe tanto a la huidiza Elfriede Jelinek como al exquisito Hannibal Lecter y, por eso, la austereidad de sus cuentos me recuerdan el desayuno frugal de los verdugos y sus obsesiones literarias tienen la misma determinación de los asesinos en serie. (Fernando Iwasaki).

Mujeres a punto de alzar vuelo logra conjugar con oficio unos cuentos en los que el lector no estará libre de una gran afectación y sí obligado a ver con otros ojos su propio entorno. Víctor Falcón Castro consigue, a través de un lenguaje convincente, dinámico y cargado de imágenes perturbadoras, demostrarlos que la narrativa peruana tiene mucho por explorar. (Ricardo Sumalavia).

ISBN 9972-2546-4-X

9 789972 254642



colección
pandemonio

Mujeres a punto de alzar vuelo



CREO QUE
ESO HARÉ.



PQ
8498.F18
M



solar

Víctor Falcón Castro

50-31200
2-891
1000
1000
1000
1000

VICTOR FALCON
CASA VIAL

Víctor Falcón Castro

Mujeres a punto de alzar vuelo



Mujeres a punto de alzar vuelo / Víctor Falcón Castro
Primera edición: julio de 2006

Diseño y maquetación: Carmen Javier

Foto del autor: Jaime Gianella

©Víctor Falcón Castro
victorfalconcastro@yahoo.com

©De esta edición:
Solar Central de Proyectos EIRL
Calle Elías Aguirre 126, oficina 502, Miraflores
Lima, Perú
T 2411974 / 2419651
info@solarcentraldeproyectos.com

Colección Pandemonio (Narrativa)

ISBN: 9972-2546-4-X

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2006-5621
Impreso en Perú

Salsa blanca con espárragos	9
Con las fauces muy abiertas	19
Inmóviles	23
Los últimos rezagos del calor	27
Hielo y madera	33
Entre fantasmas	47
Mar de fuego	57
Una vitrina en medio del agua	65
Japón	81

SALSA BLANCA CON ESPÁRRAGOS

Un reflejo gastado y envejecido por los años.

Silvia se observa con calma en el espejo. No puede hallar más que una mujer de ojos y gestos cansados. Mira el despertador: siete dieciocho de la mañana. Un día lleno de sol. Le extraña que su padre aún no se levante; suele llamarla a las siete en punto para que le sirva el desayuno y le haga tomar las primeras pastillas del día. Lleva meses deseando entrar en la habitación del viejo y encontrarlo sin vida. Se pone la bata y echa algo de crema en su cara. Aunque sea inútil luchar contra su prematura vejez, piensa que un poco de humectante retrasará su llegada.

En la cocina, espera que termine de hervir el agua y calienten las tostadas para untarlas con abundante mantequilla. Pese a las recomendaciones del doctor, no hay otra forma de hacérselas comer a su padre. A veces coloca excesivas raciones, o trata de que coma otra, siquiera la mitad. Guarda la esperanza de que se le obstruyan las arterias y muera de un infarto.

—Silvia... Silvia... —escucha al viejo desde el otro lado del pasillo.

Camina con prisa hacia el cuarto.

—¿Cómo amaneciste hoy? —suena amable mientras corre las cortinas.

—Ponme las gotas. Si no son los ojos, es la garganta o la espalda...

Le echa torpemente dos gotas en cada ojo, haciendo que se le deslicen por la cara.

Su padre le quita el frasco de lágrimas naturales e intenta colocárselas. Caen en la frente, las cejas o los párpados.

Silvia le alcanza dos pastillas: una verde y una blanca. Corre a la cocina a servir la manzanilla caliente. El viejo contempla las tabletas; no recuerda para qué sirve cada una. Silviaunta dos tostadas con mantequilla. Piensa en una tercera, pero a su padre le parecería raro ver tres en el desayuno. El viejo pone las tabletas en su boca y las mastica con fuerza. Tiene la seguridad de que así se disuelven con mayor rapidez en el estómago. Traga la pasta amarga que forma con ellas. Silvia regresa con el desayuno en una bandeja.

—Échale bastante azúcar —Silvia le pone tres cucharadas—. Ya comenzó a dolerme la espalda...

Ella rebusca entre las medicinas del velador y coge un pote de pomada analgésica. Su nariz se irrita al abrirlo: un olor a mentol áspero y quemante. El cuarto se impregna de él. Sin dejar de comer, su padre se quita la camiseta con la que duerme. Silvia observa la espalda del viejo al esparcirle la crema. Se concentra en los lunares que tiene dispersos en la nuca y son cada vez más abultados y rugosos. Sus quejidos aumentan al frotarle la espalda media. Tiene un par de costras ressecas que evita tocar y sobresalen en una piel cada día más pálida. Su padre deja un pedazo de tostada en la fuente y le da un sorbo a la manzanilla.

—¿No vas a comer más? Ni siquiera tocaste la segunda.

—No quiero.

—Pero papá...

—¿No entiendes que no quiero?

—Ayer casi ni comiste...

Coge lo que queda de la primera tostada y toma con la otra mano la segunda. Se embute en la boca todo lo que puede de ambas y termina de beber la manzanilla.

—¿Y tu espalda?

—Ya vete, puedo hacerlo solo.

—Lo único que quiero...

—Vete, vete, ¡vete! —el viejo la empuja y le tira un par de manotazos—. Nunca podrás ser como tu madre.

Silvia deja el pote de crema a un costado, recoge todo y sale del cuarto.

Llega a la cocina. Avienta la bandeja contra la pared, derramando el agua y esparciendo el azúcar. Calixto la observa desde la escalera. Silvia lo mira con rabia y le lanza una cuchara. Calixto la esquiva y se sienta al costado del azúcar. Pasa su lengua varias veces. Ella hace un gesto para que se vaya; Calixto gruñe y le enseña las uñas. Odia a ese gato. Lo único que sabe hacer es dormir, comer y arañarla cada vez que puede. ¿Cómo su madre podía tenerle paciencia a ese hombre? Van casi ya dos años desde su muerte. Pese a todo lo hecho, no puede evitar la paulatina destrucción de su entorno. Como un enfermo terminal. Como ella misma. Su vida era bastante sencilla antes de quedarse sola con el viejo: su madre se encargaba de todo.

Durante años, Silvia vivió en un mundo bastante cómodo. Enviudó a los pocos meses de casarse: un derrame mató a su esposo. Sus padres la convencieron de vender su casa, regalar los muebles y empezar una nueva vida al lado de ambos. Supuso que serían unas vacaciones para reordenarse. Esa repentina viudez fue un redescubrimiento de sí misma. Un reencuentro en medio de la nostalgia.

Sus vacaciones se extendieron indefinidamente. Dedujo que nunca tendría problemas de dinero y se adaptó a una existencia sin preocupaciones.

Hasta que murió su madre.

Nunca podrá ser como ella. Nunca tendrá la resignación para atender al viejo con entrega absoluta, sin hacer siquiera un gesto de asco al tener que bañarlo, darle las

medicinas o cambiarle los pañales. Se esforzó al máximo durante los primeros meses; se hartó al poco tiempo. Lo internó en una clínica geriátrica; le recomendaron tenerlo en casa: era agresivo con los otros residentes. Ninguna enfermera privada soportó sus maltratos; rompía las ventanas de un bastonazo si estaba malhumorado o le servían la sopa fría. Silvia se resignó a vivir a su lado.

Mira una revista mientras se hace un moño en el pelo similar al de la foto.

Se conforma con una imitación tímida. Pasa las páginas y encuentra un artículo de rutinas para bajar de peso. Siente su estómago cada vez más pronunciado, aunque no coma por las noches y tome el café sin azúcar. Llega a la sección de maquillaje. Se echa más crema humectante en la cara, delineo sus ojos y se pone un lápiz labial demasiado naranja para su gusto. Se ve de nuevo en el espejo: un reflejo envejecido con algo de gracia.

Su padre entra en la habitación.

—El dinero para la comida... —deja un puñado de billetes en el tocador.

Silvia lo mira, esperando que le diga algo por su apariencia rejuvenecida.

—Pareces puta. Una puta gorda... —sale de la habitación arrastrando los pies. Calixto lo sigue en silencio.

No consigue llorar aunque lo intente. Debería estar acostumbrada a sus desatinos. Nunca ha podido desafiarlo, ni siquiera con la mirada.

Se quita el maquillaje; decide dejarse el moño.

Crema de leche, espárragos, pollo, fideos, una revista y el periódico del día.

Espera en la cola de una de las cajas del supermercado. Toma un ramo de magnolias artificiales de un estante.

La cajera la mira con cierta lástima mientras acomoda la mercadería en las bolsas. Está acostumbrada a esas reacciones: es la hija viuda del viejo loco que nunca sale de su casa y rompe todo a bastonazos. Repara en que la gente usa poca ropa y ella lleva el sacón púrpura que suele usar en días fríos.

El sol la ofusca al salir con las compras. Se cruza con la pareja joven que se mudó hace unos meses a la casa contigua a la suya. Ambos le sonríen de manera amable y forzada, sobre todo la mujer. Podrían ofrecer llevarla en su auto, no lo hacen. Nadie le ofrece nada: la creen tan chiflada como el padre.

Cruza el parque. El pasto y las plantas están quemados y amarillentos. Varios niños juegan con pistolas de agua. Algunos chorros le caen por accidente. Le causan tristeza y gracia.

Contiene la respiración al entrar al cuarto.

Hay pedazos de papel higiénico en una esquina. Su padre trata de cambiarse los pañales, y esparce la suciedad intentando limpiarse. Silvia toma del baño un par de trapos húmedos, talco y una toalla seca. El inodoro está manchado. Parece vómito. Regresa y lo limpia instintivamente. Su padre aprieta los dientes. Tiene los ojos húmedos. Desvía la mirada, escondiendo su humillación en aparente rudeza.

—¿Has vomitado? —echa el talco con cuidado para no esparcirlo por el aire.

Hace un gesto vago.

—¿Te sigue doliendo la espalda?

Recibe la misma respuesta.

Coge el pastillero: dos azules. Se las alcanza, su padre las traga. Silvia le entrega el periódico. El viejo lo revisa sin ganas.

Prepara el almuerzo: sopa de pollo para su padre y fideos con salsa para ella. Ve el ramo de magnolias en el jarrón de vidrio encima de la mesa. Calixto duerme en una esquina. Si ella fuera gata, tendría una vida simple. Entra el viejo apoyándose en su bastón.

—Me cansé de leer —siente el olor a comida—. ¿Qué habrá para hoy?

—Sopa de pollo.

—¿Otra vez? Quiero lo que comes.

—No estás bien —contesta con temor. Mira a Calixto.

—Quiero lo que comes.

—Puedo guardártelo para la noche.

—No lo quiero para la noche, lo quiero ahora.

—Puedo...

—¡Ya me harté de comer esa mierda! —lanza bastonazos a la mesa, rompe una botella de vinagre y el jarrón de vidrio con las flores—. ¡Siempre lo mismo, lo mismo, lo mismo, lo mismo!

Antes de irse, le tira un golpe a la puerta; deja un hueco rodeado de astillas. Silvia arregla el desorden, el olor a vinagre se impregna en sus manos. Echa el ramo y los trozos de vidrio al basurero. Su padre se encierra en el baño. Vomita de nuevo.

El sol brilla de manera inaguantable.

Las calles y edificios se desvanecen. Todo huele a mentol y vinagre. Todo está muy luminoso. Ella se siente oscura por dentro. Entra en una ferretería. Compra un envase grande de veneno para ratas. Le tiemblan las manos al cargarlo de regreso.

No soporto seguir viviendo.

Eres lo que más quise.

Perdóname.

La letra y la firma del viejo son erizadas. Aunque vacilara en los nueve primeros intentos, el décimo quedó impecable.

Abre el frasco de veneno y pone el contenido en un plato. Lo muele con un cuchillo. Los granos verdosos quedan convertidos en polvo. Su padre ve televisión y lee el periódico a medias. Pregunta con insistencia a qué hora estará el almuerzo.

Coge el plato. La sensación de vértigo es intensa, casi palpable. Nunca podrá intentarlo de nuevo. Abre la tapa de la olla y echa el polvo en la salsa blanca que dejó a medias antes de ir a la ferretería. Las piernas apenas la sostienen. La atiborra de crema de leche, espárragos y condimentos. Empapa un trozo de pan con la salsa y se lo ofrece a Calixto. Lo come. Le da otro pedazo de pollo mojado. El gato se lo traga, pidiéndole más con la mirada.

Llamó a su padre. Lo encuentra dormitando en el sillón de la sala. Le dice que el almuerzo está listo. El viejo responde que quiere comer viendo televisión.

Coloca una gran cantidad de fideos en el plato y echa encima la salsa, deduce que la cantidad será suficiente. Los mezcla bien, coge una bandeja y un par de cubiertos. Regresa y pone la comida a su costado. Alista las pastillas para después de almorzar: una celeste y una blanca. Silvia le toca el hombro con la mano izquierda; un leve gesto de cariño. De despedida. Un gesto que la sitúa al borde del estallido y de tirarse al piso a llorar y pedirle perdón. Sale de la casa con mucho cansancio.

Recorre un centro comercial.

Se siente fuera de lugar estando tan abrigada en pleno verano. Hace tiempo de cualquier manera: come un budín en la pastelería, rellena una ficha para suscribirse a una revista, se prueba perfumes que no piensa comprar y

entra al cine a ver una película. No resiste más de veinte minutos en la sala. Ingresó en una exposición de arte. Las esculturas le parecen horribles: animales inverosímiles de colores estridentes. Pide en una tienda de comida rápida una porción de ensalada y otra de papas fritas. Recibe el pedido y hace apuntes apresurados detrás del individual de papel:

él quiso cocinar - insistió
había ratas casa
poner nota cama
llamar ambulancia + policía
salí a comprar regalo - domingo su cumpleaños → nada
triste muerte mamá - nunca pudo superar + depresión aguda
llamar dr. sánchez

El sol comienza a ocultarse. Toma un taxi. El miedo la invade con fuerza. Intenta calmarse. Acelerará los trámites para enterrarlo lo más pronto posible. Nadie abrirá ninguna investigación: era un viejo enfermo y depresivo. El testimonio del doctor Sánchez y la nota la librará de toda culpa. ¿Y si descubriesen que simuló la letra del padre? Ha imitado la firma del viejo en muchos documentos. Se los enseñará a la policía en caso pidan una prueba o algo. ¿Será suficiente? Qué más da, no hay papeles escritos por él y esconderá los que encuentre.

La cocina está en silencio.

Calixto llega de la sala y se trepa en una silla. La observa con reproche. Silvia intenta sonreír: por fin podrá deshacerse de ese gato. Por fin está libre. Por fin venderá la casa y hará lo que quiera con su vida; aunque no tiene planes para ella.

Su padre entra violentamente.

-¿Qué fue esa porquería que dejaste?

-El almuerzo -respira agitada, a punto de desplomarse.

-Me quedé dormido y cuando desperté encontré los fideos... rancios. ¡La salsa estaba negra, olía a basura! ¿Qué le pusiste?

-Lo de siempre -reprime el llanto-. Quizá la crema de leche estaba... cortada.

-Todo lo que he comido son las galletas que tengo en mi cuarto. Haz algo rápido -Silvia no se mueve-. ¡Apúrate!

El viejo sale de la cocina. Silvia ahoga las lágrimas y las ganas de gritar.

Calixto continúa mirándola. Ve sorna en los ojos del gato. Camina con prisa a su habitación. Saca sus maletas de mano e introduce toda la ropa que puede. Coge del armario una bolsa de tela. La abre: las joyas que heredó de su madre. Tal vez consiga unos cinco mil dólares por ellas. Con suerte, seis; no más. Escucha a su padre tosiendo en el baño.

Llega al cuarto del viejo, toma la caja de metal en la que guarda el dinero para los gastos de la casa y regresa a su habitación. Está asegurada con un candado. Intenta forzarla con una horquilla. No puede. Con una tijera. Tampoco. Coge un abrebotellas de la cocina. La rompe con furia. Casi mil dólares. Tira en su cartera el dinero, sus documentos, la nota y todo lo que encuentra.

Su padre ve televisión.

-La comida estará en quince minutos -suena con la normalidad de siempre.

El viejo resopla con fastidio. Ella es incapaz de sentir lástima. Es incapaz de sentir algo. No hay marcha atrás. No tiene otra salida.

Llega a la cocina con dos maletas y la cartera. Ve a Calixto tomando leche de un tazón. Calixto le devuelve la mirada. Nota que la sorna del gato está mezclada con desprecio. Tiene ganas de patearlo y reventarlo contra una de las paredes. Calixto gruñe y enseña las uñas. Ni

un gato la respeta. Ella lo toma del cuello, abre la congeladora del refrigerador y lo avienta con fuerza. El gato se golpea contra la rejilla y las cubetas de hielo; Silvia alcanza a cerrarle la puerta. Escucha topes y maullidos desde el interior de la congeladora.

La estación de autobús.

Compra un boleto hacia el sur, espera pasar unos días en la playa; lo más al sur posible. Siente una angustia repentina: la bolsa con las joyas, no recuerda haberla puesto con el equipaje. Busca en su cartera y las maletas solo para confirmar lo que sabe: las olvidó en el cuarto. Nunca puede hacer nada bien. Piensa en las dos tabletas azules que le tocan a su padre a esta hora, en la blanca y la verde que toma antes de dormir, en qué debe estar buscándola por todas partes y en cómo reaccionará al ver la caja destortalada y al gato en la congeladora. Quizá muera de la impresión. Tal vez.

Esperará un par de semanas para comenzar a llamar diariamente a casa. Nadie se enterará de nada: ni los vecinos nuevos, ni ningún vecino, ni la cajera del supermercado, ni la policía. El viejo no vivirá mucho tiempo sin alguien que lo atienda y le dé sus pastillas. Terminará enloqueciendo o muerto de un infarto o inanición. No sobrevivirá sin ella.

Sube al autobús deseando que todo acabe pronto. Pasa las páginas de la revista que compró en el supermercado. Las letras y fotografías del reportaje que intenta leer se deshacen. Se seca las lágrimas con torpeza mientras inicia su marcha. Hacia el sur, hacia la incertidumbre, hacia nada.

CON LAS FAUCES MUY ABIERTAS

Mi esposo le hace el amor a mi hermana.

Están en una silla. Mi marido, debajo, acaricia con una mano la cintura de mi hermana. Ella le rasguña la espalda e introduce su lengua en una oreja. Suele pasarle la lengua por todos lados. Sobre todo por la boca; mi esposo siempre la tiene abierta para recibirla. Vienen una o dos veces por semana a la casa de mis padres. Queda en un sitio alejado y la hemos puesto en venta. Los veo escondida detrás de los muebles. Todo a mi alrededor está oscuro, casi negro, solo me llega la luz del cuarto que usan. Hay velas prendidas sobre la cómoda, el suelo y el borde de la ventana.

Mi esposo y mi hermana se miran a los ojos.

Acostumbran mirarse. Solía mirarme. Ahora los cierra al hacerlo conmigo. Cuando intento abrírselos, sonríe y muerde mis manos para mantenerlos cerrados. Hago que termine lo antes posible. Él me abraza y se queda dormido a un lado. Intento dormir. No puedo: pienso en él y mi hermana. Lo miro. Lo miro. Lo miro. Me imagino acostada junto a un cadáver. Concilio el sueño en la madrugada y soy la primera en levantarse. Bajo a la cocina, desayunamos y lo despido. Hago mi papel de ama de casa. Todos los días son exactamente iguales. Vuelve

del trabajo y nos tratamos con la cordialidad acostumbrada. Cada día duermo menos horas, pero no me siento cansada.

Mi esposo mete el pulgar en la boca de mi hermana.

Lo hace cuando ella alcanza el orgasmo. Le gusta introducirle los dedos; no lo hace conmigo. Me he esforzado por ser mejor esposa, estar delgada y tener piel suave. El orgasmo de mi hermana es ruidoso. Lo escucho. La miro. Pueden quedarse durante horas haciéndolo. Una vez me masturbé mientras los veía. Semanas después de descubrirlos.

Mi esposo cambia de posición para hacérselo a mi hermana.

Ella acepta con una sonrisa. Siempre la consideraron más bella y sociable que yo. Estudiamos ballet de niñas. Mi hermana demostró tener gracia y talento; nunca pude bailar como ella.

Empecé a practicar tiro con arco. Resulté hábil para poner la flecha, empuñarlo y manejarlo correctamente. No usaba ningún accesorio para proteger mis dedos del roce de la cuerda: la tensión es placentera. Cuando entrenaba y veía a mi hermana, le apuntaba. De soltarla, la flecha hubiese atravesado su cráneo; luego de destrozarle un ojo.

Yo crecí con manos y dedos toscos, ella con un cuerpo perfecto. Yo gané algunos torneos, ella se convirtió en una mujer muy bella. Yo era motivo de curiosidad, ella es el centro de atención de los hombres. Yo fui una arquera solvente y soy buena ama de casa; ella solo tiene su aspecto. Pero continúa siendo muy bella. Bella. Bella por siempre.

Mi esposo embiste con fuerza a mi hermana.

El rostro de mi hermana trsluce dolor, a mi marido le encanta ese gesto. A veces intento imitarlo, a él le gusta que lo haga.

Acostumbro soñar que estoy en casa y busco con desesperación a mi esposo. Escucho su voz resonando, no lo encuentro por ninguna parte. Cuando entro a la cocina, veo a mi hermana sentada. Ella se pone de pie, toma su cabeza, y de un tirón se la arranca. No sangra, solo deja un muñón humeante y negro al final del cuello. Mi hermana deja caer su cabeza; los ojos se mueven hacia todos lados. Su cuerpo camina con lentitud, da vueltas alrededor del mismo sitio y tropieza con los muebles. Busco a mi marido por las habitaciones. Regreso a la cocina: mi hermana sigue caminando y chocándose con todo. El sitio en el que estaba su cabeza tiene el cráneo amarillento de un animal, de cuernos grandes y fauces muy abiertas.

A veces sueño esto en blanco y negro.

A veces sueño que empiezo a clavarle tenedores o agujas o puntas de flecha por todo el cuerpo.

A veces sueño que mi hermana se arranca un brazo o los dientes o los dedos o las piernas.

A veces sueño que él me hace el amor a la luz de las velas.

A veces sueño que mi hermana me hace el amor y me introduce sus pulgares.

A veces sueño que soy la perfecta ama de casa.

Mi esposo llegará dentro de poco al orgasmo.

El sudor cubre las mejillas de mi marido, ella lo quita con su lengua. Sonríen. Me agacho. Tomo el rifle. Semiautomático, ligero y con un gatillo muy suave; más dócil que la cuerda de un arco. Apunto hacia la cabeza de mi esposo.

Lo miro.
Lo miro.
Lo miro.
Lo miro.

Esperaré el momento exacto del orgasmo: suele ponerte rígido cuando tiene uno. A mi hermana también le daré un tiro; o tal vez le reviente la cara a culatazos. O quizás le dispare entre los ojos.

INMÓVILES

El bebé no deja de llorar.

Ana ya le dio de comer, lo bañó, le cambió los pañales y lo hizo dormir. Lo pasea alrededor de la cocina intentando calmarlo. El teléfono suena. Ana pone al niño dentro del corral; va hacia el aparato y arranca el cable.

Ha permanecido encerrada durante las últimas cuatro horas. Siente un ruido proveniente de la calle. Corre a la salida. Se tranquiliza: nadie fuerza la puerta. La cerradura está rellenada con cola. Quiere tapiar las ventanas; teme distraerse demasiado y que Gonzalo llegue en cualquier momento a llevarse al niño. *Haremos lo mejor para nuestro hijo.* Fue todo lo que comentó sobre el bebé luego de pedirle el divorcio. Aseguró que lo decidió esta mañana. Dijo que no puede seguir con ese matrimonio, se siente atrapado, se acabó. Prometió cumplir como padre y esposo. Ella se lo temía desde hacía mucho. Estaba preparándose para enfrentarlo, pero la realidad duele. La aturde. La opprime. La asfixia. La ciega.

Mira a través de la ventana del cuarto: nadie.

El bebé sigue llorando. Cumplió diez meses hace una semana. Nunca lo quiso; Gonzalo insistió en tenerlo. No piensa entregárselo ni dejar que lo vea. Su llanto se hace más fuerte. Ana le coloca un chupón. El niño lo escupe.

Ella vuelve a ponérselo. Su hijo no lo quiere. Lo sacude de un brazo: *cállate, cállate... jcállate!* Los chillidos del niño se vuelven estridentes.

Coge la raqueta de tenis de su esposo. Si tuviera fuerza, golpearía a su hijo con ella. *JCállate!* No puede. Siempre tendrá miedo de todo. Merece quedarse sola. La deja caer en el suelo.

Abre la llave de agua de la tina. Se llena. No firmará los papeles de divorcio. Ella lo dio todo durante estos años. Tiembla al cargar al niño. Lo sostiene por encima del agua. Nunca lo quiso. Cuando nació, se convirtió en un padre cariñoso y en un marido indiferente. La tentación de ahogarlo es inmensa. Lo pone en la canastilla de ropa sucia.

Sumerge la computadora de Gonzalo, sus discos compactos, los zapatos que encuentra y lo que hay en su mesa de noche. El baño queda inundado. El bebé la sigue con la mirada y juega en silencio con los botones de una camisa. Ana empuja todo hacia el fondo. No piensa dejarlo entrar; y no quedará nada para llevárselo.

Amontona su ropa. Buzos, medias, pantalones, corta todo con una tijera. Logra trozar las correas de cuero, los dedos quedan doliéndole. Rompe con especial determinismo el casacón de invierno que acostumbra usar los fines de semana. Aún guarda su olor. Tira sus frascos de perfume a la basura.

La naftalina del clóset le provoca estornudos. Pone dentro de una caja la ropa que rasgó con la tijera. Avienta las fundas de sus ternos encima de la cama. Hay tres fundas vacías. No recuerda haber enviado ninguna prenda a lavar. Revisa con apremio los cajones del clóset: faltan camisas y corbatas nuevas. No ve por

ninguna parte sus zapatos de cuero negro, tampoco sus zapatillas marrones.

Faltan más cosas a medida que las amontona. No encuentra una máquina de afeitar, su pasaporte, documentos que guarda en su escritorio ni su colección de revistas de fútbol. *Lo decidí esta mañana.* Golpea una mesa con los puños. Lanza una silla contra el armario. Grita desesperadamente. El niño llora de nuevo, su ruido es insoportable. Ella lo carga y lo deja encima de la cama. Nunca lo quiso. *JCállate!* Le golpea el rostro con la mano izquierda.

Pega tiras de esparadrapo en los bordes de las puertas y ventanas de la cocina. *Lo decidí esta mañana.* Necesita muy poco para hacer otra vida: solo algo de ropa y sus revistas. *Haremos lo mejor para nuestro hijo.* No se burlará de ella. Tiene que huir. Debe salvarse.

El olor a gas se extiende. Echa al bebé en la bandeja del horno. El niño tose, respira agitado, sus ojos enrojecen. Ana se sienta frente a la puerta del horno y ladea la cabeza para mantenerla abierta. Inhala todo lo que puede. Gonzalo hizo un plan; ella acaba de formar el suyo. Él no vivirá con la culpa de haber matado a su familia. Aunque quizás no mueran y queden con un daño irreversible. Mejor: así será más doloroso. Se retira de la puerta: su hijo queda encerrado. Escucha un sonido que proviene de la calle. Quizás sea él tratando de entrar a la casa. Aspira con fuerza. Merecía amor. Luchó para conseguirlo. Se entregó por completo. No quedará nada para llevárselo.

Mira al bebé dentro del horno. Está inmóvil.

LOS ÚLTIMOS REZAGOS DE CALOR

1

Gemelos con anencefalia: les faltaba la tercera parte del cerebro, no vivirían más de veinticuatro horas. He visto de todo desde que comencé mi trabajo: siameses; bebés nacidos sin un brazo, una pierna o un órgano importante; con VIH o retardo mental; nacidos sin vida o causantes de la muerte de la madre... He visto todo. En mis primeras semanas, vi nacer una niña bicéfala. No dormí durante días, ¿qué pasaría si yo diera a luz un niño muerto o sin brazos?

Pensé que nunca olvidaría esa imagen. La jefa de enfermeras dijo que era chocante al inicio, una se acostumbra con el tiempo. Veía en mí una buena candidata para ocupar su puesto en algunos años. No se equivocó. A veces comentan que soy demasiado exigente, ¿cómo esperan que sea si traemos niños al mundo?

La mayoría de partos son exitosos. Es imposible describir el instante de ver nacer al bebé. ¿Dónde estaba antes de crecer dentro de la madre? Aunque tengamos momentos arduos, el ambiente se calma cuando ella lo recibe, todavía amoratado y cubierto de placenta.

Nunca se sabe la clase de padre que tendrá el niño.

La mayoría —sobre todo los primerizos— da vueltas por los pasillos y pregunta cada diez minutos si su mujer dio a

luz. He tenido que gritarles a varios para que se callen y se queden sentados: ponen nervioso al resto de hombres.

Hay otros encaprichados con filmar o fotografiar todo. Esos son los peores. Llegan con cámaras, trípodes y maletines repletos de accesorios. Nos piden movernos a cada rato. Un parto es un espectáculo poco agradable: una persona ensangrentada emerge del útero de una mujer. El olor es ácido, fuerte. Varios vomitan o se desvaneцен de la impresión. Aguanto la risa cuando ocurre.

Con quienes resulta fácil trabajar es con los que van a emborracharse o a fumar al bar que está a dos cuadras de la clínica. No estorban, especialmente los que llegan ebrios: se desploman a dormir en cualquier parte luego de vociferar de alegría o llorar a gritos.

Imagino a Emilio siendo buen padre, pero no quería tener hijos.

Fuimos enamorados durante cuatro años. Desesperé cuando mis amigas comenzaron a casarse y Emilio no mostraba interés. Para él, la relación estaba perfecta: salidas, fines de semana, comidas, fiestas, ¿para qué arruinarlo?

Terminamos mal. Yo lo llamaba a todas horas para suplicar que lo pensara. Tiempo después se fue a Europa a hacer una maestría.

Mucha gente dice que ser enfermera es duro. Es verdad, pero estoy lista para lo que ocurra: bebés deformes, ciegos, infectados, siameses... Siempre me creí preparada para ser competente y actuar con indiferencia ante todo.

Hasta que ellos llegaron a mis brazos.

En las primeras semanas, a la madre le descubrieron un embarazo de alto riesgo. Supe que dejó de trabajar y se dedicó a cuidarlo: era su primer hijo. Pasó meses difíciles, pero la ilusión se acrecentó en ella.

Citaron a los de mayor experiencia para el parto. Acepté cuando me lo dijeron. Deseaba ayudar a esa mujer, la admiraba. Llegó un viernes a las cinco de la tarde. Lucía agotada y el dolor le marcaba el rostro. Se desmayó cuando las contracciones se hicieron constantes. Preparamos una cesárea; mantuvimos la calma y nos esforzamos al máximo. Salieron sin problema, pero tenían la cabeza algo disforme. Les faltaba la tercera parte del cerebro, quizás un cuarto. Una enfermera practicante se puso a llorar de nervios.

El doctor que la atendió y yo le dimos la noticia al padre. Tratamos de ser delicados, la realidad era obvia: sus hijos nacieron con el cerebro incompleto y morirían en algunas horas. Solo asintió y nos consultó si habíamos hecho lo posible. El médico respondió que sí y que lo lamentaba: era irreversible. Le pregunté si quería ver a los bebés. Contestó que no. Caminó rumbo a la salida. Nunca más volví a verlo.

En uno de los ascensores, el doctor comentó que con una ecografía o prueba de ultrasonido hubiese sido difícil detectarles la condición: faltaba una parte, no todo. Era un caso raro, pero puede pasar. Sonó preciso: *puede pasar*. ¿Lo tomaría con tanta objetividad de haber sido el padre? Trato de imaginar lo doloroso que sería perder un hijo. Cuando intento crear esa emoción en mí, sé que solo consigo una imitación mediocre.

Eran casi las siete cuando los tomé en mis brazos. No me tocaba quedarme esa noche; no quería irme. Eran pequeños, respiraban de manera agitada y tenían las articulaciones rígidas. El médico de guardia encontró muy alterada a la madre, tuvo que inyectarle un calmante. Él prefería mantenerlos aislados, yo tampoco quería que los viera. No pesaban mucho, parecían de arcilla hueca.

Comencé a hablarles de mí, de mis padres, de Emilio, de los doctores y las enfermeras que trabajaban conmigo. Les hablé sobre lo que nunca vivirían. Suena ridículo, pero quería que se llevaran algún recuerdo. Sabía que me escuchaban y percibían el calor que intentaba darles. Uno cogió mi índice con su mano. Hablaba precipitadamente, sin pausa, reconstruyéndoles mi vida e inventándole partes. Nunca me había sentido así. No había estado tan cerca de una madre que perdía dos hijos. Luego de esforzarse para mantenerlos dentro de ella y viviendo con un peligro constante. Pensé en mí durante estos años. En los hombres que siguieron a Emilio. Todos resultaban iguales: se ponían ansiosos cuando hablaba de matrimonio. Me resigné a quedarme sola.

Una de las hermanas del Sagrado Corazón llegó acompañada de un sacerdote. Los bautizaron sin mayor trámite, no ocultaron su lástima. Les pedí que fueran a ver a la madre cuando despertara: los religiosos son buenos consolando gente, los doctores y las enfermeras solemos cometer desatinos.

Seguí hablándoles. Les describí cómo era una fiesta de cumpleaños, un circo y una playa. Escuchaban frases enlazadas con apuro. Empecé a cantarles. Las tonadas que usamos con los recién nacidos al hacerlos dormir o bañarlos. Siempre han bromeadido con que no tengo buena voz; qué importaba.

El primero murió a las cuatro de la mañana. El otro volvió a sujetar mi dedo. Le hablé sobre sus padres. Decía lo primero que se me cruzaba por la cabeza. Le inventé una familia feliz, como las que aparecían por televisión en los años cincuenta. Comencé a caminar por la habitación. Hablaba como si entendiera lo que decía. Di vueltas con él durante mucho tiempo, quizás un par de horas. Murió a las siete y cuarto.

Pedí licencia por dos días. Me la concedieron. Las enfermeras y algunos médicos me preguntaron por ellos. Contesté lo indispensable, actué distante.

Regresé animada al trabajo. Durante esos días, descansé, visité a una prima y fui a un centro comercial en el que vi una película y compré un vestido. Le pregunté a una de las practicantes por la madre. Me contó que se fue el día anterior, acompañada de su hermano y su padre. No vio al esposo por ningún lado. La madre se notaba afligida. Le aseguré que resistiría: era joven, tendría otros hijos, podría superarlo.

Llegué a la sala de los recién nacidos con la practicante. En las cunas había tres niñas y un niño que nacieron sanos. Le pedí que me trajera algunas historias médicas. La cuna que ocupó uno de los gemelos tenía al niño. La que usó el que me sujetó el dedo estaba vacía.

Me saltaron las lágrimas.

Salí por el corredor trasero.

2

Vi a Emilio hace algunas semanas.

Nos encontramos en la calle; conversamos durante un rato. Él sostenía un bebé. Una mujer llegó y le dio un beso. Ella hablaba castellano con dificultad, y contó que se conocieron cuando hacían sus maestrías. Se casaron por civil en Europa; esperan tener su segundo hijo en un par de años.

Él me miró con incomodidad. Yo aparenté estar muy tranquila. Dijo que no recordaba mi dirección ni mi número. Quería que comiera con ellos antes de irse de vuelta al extranjero. Inventé todos mis datos: era evidente que lo hacía para quedar bien conmigo.

A partir de esa noche, comencé a pensar en la posibilidad de venir a este sitio.

Cumpliré treinta y ocho años la próxima semana: el tiempo se me está acabando. Alto, ojos marrones, piel blanca y pelo negro: se parece a Emilio. Debo firmar varios papeles para comprometerme a no preguntar por la identidad del donante, ni buscarlo, ni exigir nada.

He llenado la primera de muchas hojas, vendrán a recogerlas en diez minutos. Me he dicho que todo saldrá bien y que mi hijo no nacerá deforme, ni ciego, ni me causará la muerte.

Me pongo de pie y miro a través de la ventana: los postes de luz se encienden.

Faltan ocho minutos.

Lleno la segunda página.

No puedo firmarla.

Tomo aire varias veces.

Siete minutos.

Todo se mueve a gran velocidad al mirar la calle de nuevo.

Todo a mi alrededor está detenido.

HIELO Y MADERA

El corazón está a punto de estallarme. El aire es helado. El frío entra en mis ojos. Tengo la garganta seca. La saliva amarga. Las manos temblorosas. El cuerpo extenuado y cubierto de sudor; casi en ruinas.

Me siento mejor que nunca.

Falta poco para que termine la clase de spinning. El profesor grita por el micrófono inalámbrico que demos el máximo esfuerzo: sin dolor no hay resultados. Se llama Felipe; no sé mucho de él, solo que estudió publicidad y hace unos meses trabaja en este gimnasio. Sus ojos repasan los míos, sonreímos fugazmente.

Hacemos ejercicios de estiramiento al bajar de las bicicletas. La ropa marca sus músculos, sus dientes son perfectos, tiene manos grandes. Luce impecable, yo estoy hecha un desastre.

Termino de preparar una ensalada. Renato entra a la cocina, me besa con cariño y se afloja la corbata.

La reunión de trabajo resultó mejor de lo que esperaba. Suena entusiasmado al lavarse las manos: podría concretar una venta muy grande. Es lo que necesita nuestra empresa para que despegue. En realidad, es su negocio. Lo abrimos juntos y la mitad de todo es mía; el único que trabaja es Renato. Yo era eficiente, pero él me pidió

que lo dejara un tiempo para atender la casa y licenciarme. Conseguí mi título de ingeniera a los veinticinco. No regresé a la empresa y me ocupé del departamento. A Renato no le importa que no trabaje; a mí, tampoco.

Tomamos café luego de la comida. Lo miro con ternura al escuchar los proyectos que tiene.

Ve un programa de economía por cable. Estoy casi dormida. Lo único que mira por televisión son reportes financieros. Es el único tema de conversación que tienen él y sus amigos: índices, tipos de cambio, commodities y fondos mutuos. Me pongo de costado: me duelen las piernas. Pienso en Felipe. Es más guapo que Renato; pero no tan inteligente, ni tendrá un doctorado en ciencias económicas, ni tanto dinero, ni una cátedra en una universidad importante.

Me abraza. Me acaricia el estómago, las caderas y baja con suavidad el pantalón con el que duermo. Se pega a mí. Entra sin dificultad. Teníamos días sin hacer el amor. Renato mide un metro ochenta y cuatro. Lo tiene largo y bastante grueso. Se mueve con calma. Me gusta.

La enamorada de Felipe se llama Gabriela. Ella y sus amigas parecen un poco idiotas, pero tienen un físico perfecto. Estoy en la cafetería del gimnasio, a dos mesas de ellas. Felipe llega y me pregunta con una sonrisa si estoy lista para la clase. Asiento y apuro mi agua mineral. Se acerca a Gabriela, ella lo abraza efusivamente. Gabriela me mira con condescendencia. No represento una amenaza. Si yo estuviera con alguien como Felipe me sentiría insegura.

La clase es un martirio. Hemos estado pedaleando de pie durante quince minutos. Felipe pasea por el salón y ajusta la intensidad de las máquinas. Observa que la resistencia de mi bicicleta es bastante alta. Me felicita. Pocas veces felicita a alguien.

Tomo jugo en la cafetería. Felipe me invita a una charla sobre nutrición y ejercicios que dará por la noche. Gabriela se acerca. Me pongo de pie. Una de las mangas de mi buzo queda enganchada en la esquina de la mesa y se rompe al alzar el brazo. Siento vergüenza. No del accidente, sino de mi ropa vieja y deshecha. Me despido sonriendo. Voy encolerizada a los camerinos. Éste es un lugar caro, todos traen ropa nueva, ¿por qué soy tan descuidada?

Entro en la tienda del gimnasio y compro dos buzos, tres camisetas y dos mallas. Lo hago con apuro: no quiero que nadie me vea.

Renato discute por teléfono. Tiene un problema con un embarque hacia Buenos Aires. Tomo mi celular y cancelo la cena que pensaba hacer para Luciana. Me recojo el pelo con un gancho y guardo los envases de comida.

Suele ser un hombre calmado. Cuando está de mal humor se pone intransigente. Hace semanas rompió el teclado de la computadora al lanzarlo contra la pared, al leer un correo electrónico en el que un posible cliente rechazó trabajar con la empresa. Cuando intenté tranquilizarlo se molestó más y me gritó con furia. Tuve miedo de que me golpeará. Él lo notó e intentó calmarse. Me pidió disculpas al día siguiente.

Me pongo un vestido viejo. Aprovecharé para limpiar los baños.

Veo a Renato reflejado en el espejo. Al hablar, abre bastante la boca. Sus dientes son pequeños, blancos y desordenados. Yo lo convencí para blanqueárselos, aunque no logré que se hiciera el tratamiento de ortodoncia. Felipe mide unos quince centímetros menos que mi esposo, pero tiene los dientes muy grandes. Y perfectos. Y brillantes. Y blanquísimos.

Cuelga y marca otro número. Discute de nuevo. Me concentro en las mayólicas.

Ha pasado una semana desde el problema con el embarque a Argentina. Renato consiguió arreglarlo. Desde que nos conocimos ha sido así: enfurece y se angustia por problemas que soluciona.

Hace tres días cumplimos dos años de casados. Siempre hemos celebrando nuestros aniversarios yendo a un restaurante o quedándonos a ver una película por televisión.

Esta vez no hicimos nada. Tuvo que alistar otro lote de mercadería. Siento culpa: él trabaja, yo me quedo en casa.

Llamó por la tarde para decirme que me arregle y lo espere: saldremos a comer.

Termino de alistarme. Escucho música y ojeo la revista del gimnasio. Hoy entré a dos clases seguidas de spinning, mucha gente lo hace. La primera, con Felipe; la segunda, con una profesora nueva. No fue exigente, no me gustó.

Cojo una frazada y me recuesto en el sofá. Renato pasará a las diez y media.

Despierto. Me duele el cuerpo, siento el pelo aplastado. Miro la hora: tres y once de la mañana. Llamo a la oficina. Renato contesta: un empleado faltó y es necesario que se quede con el resto preparando un lote que debe estar en el aeropuerto a las siete. No dice a qué hora regresará. Me echo en la cama con el vestido y el maquillaje puestos.

Bebo extracto de kiwi. Llegué enfurecida, la clase de spinning mejoró mi ánimo. Me he hecho amiga de Gabriela y su grupo. Me trata sin miedo desde que me vio con el aro de matrimonio. Todas siempre usamos mallas de colores fuertes y pasamos mucho tiempo aquí. Somos

del grupo de las más bonitas. No es difícil lograrlo: hay que venir todos los días. Si es posible, por las mañanas y las noches como Gabriela.

Los temas de los que hablamos son los mismos y me aburren; es mejor eso a quedarme sola.

Es de noche. Felipe me saluda, no suele venir a esta hora. Uno de los profesores está enfermo. Me pide cuidar un estuche: los discos que usa en clase. Los reviso: DJ Tiësto, ATB, Delirium, Nick Warren... Música electrónica. A mí no me gusta del todo, a Renato le encanta. Felipe está a cinco metros de mí, boca abajo y flexionando las piernas en una máquina. Contrae las pantorrillas, los muslos y la espalda. Tiene una camiseta sin mangas y un short ajustado. Bajo la mirada. Reviso un disco de George Acosta. Piernas gruesas. Manos firmes. Dientes blancos. Dientes grandes.

Repaso su colección de nuevo.

Renato come con cansancio. No ha dormido en casi dos días. Se disculpa por haberme plantado. Contesto que ya tendremos más aniversarios.

La ducha mejora su ánimo. Apago la luz, quedo de espaldas a él. Toco con suavidad sus piernas. Me abraza. Introduzco mi mano en el pantalón que lleva. Suspira. Sus caricias se detienen. Volteo a mirarlo: duerme.

Voy al gimnasio dos veces al día. Renato sale temprano en la mañana y regresa muy tarde en la noche. Siempre lo veo exhausto; no pienso decirle nada.

Mientras se baña, observo los informes de la empresa y nuestros ahorros. No tenemos una fortuna, pero estamos lejos de ser pobres, ¿por qué trabaja de esa manera?

Llamo al contador del negocio. Afirma que ya cuentan con un buen grupo de clientes. Lejos de calmar a Renato, esto lo ha vuelto más ansioso. Interviene en

cuanto puede: los embarques, la publicidad, las cuentas, todo. Me dice que intente distraerlo. Respondo que lo haré, y que no le diga nada de esta llamada.

Sale de la ducha con una toalla amarrada. Luce pálido y muy delgado. Le sonrío.

Me lo hace en silencio, sin apurarse. Siento enfado.

Felipe habla de sus planes. En un par de años viajará a Nueva York para especializarse. Espera conseguir trabajo en alguna agencia, no le importa que sea pequeña. Parecía inmaduro y poco inteligente, me extraño de lo ambicioso que resulta.

Su rutina es simple: dicta cuatro o cinco clases al día, lleva un curso de diseño gráfico por las noches y de inglés los fines de semana. El resto del tiempo hace pesas o sale con Gabriela. No fuma, no trasnocha y duerme nueve horas diarias. Le han ofrecido más clases en este gimnasio y en otros, siente que ya tiene suficientes.

Escucho en la contestadora un mensaje de Renato. El negocio pedirá un préstamo y quiere revisar de nuevo los cálculos que presentarán al banco. Promete estar en casa antes de la medianoche.

Entro en la tina y me pongo gel de ducha. Me veo muy bien. ¿Por qué tiene que quedarse todas las noches en la oficina? ¿No puede portarse como alguien normal? Gabriela tiene suerte: no creo que Felipe cancele sus citas a última hora. ¿Cada cuánto se acostarán? Con seguridad ella es ruidosa, tiene voz aguda. Felipe debe ser bueno haciéndolo: es extrovertido, masculino y, siendo tan guapo, facilita todo.

Me lo imagino embistiéndola. Debajo de ella. Encima. De pie. Sentados. De rodillas.

Introduzco una mano dentro del agua. Me acaricio. Pienso en él, agotado y cubierto de sudor, dejándose caer

sobre ella. Dientes y manos grandes. Piernas gruesas. Brazos anchos. La embiste de nuevo.

Me toco con fuerza.

Es domingo. Nos encontramos con Felipe y Gabriela en la boletería del cine. Han comprado entradas para una comedia, nos invitan a acompañarlos. Gabriela insiste, tengo que aceptar.

Felipe y Renato no han parado de hablar de fútbol desde que compramos los boletos. Converso con Gabriela sobre lo único que entiende: steps, yoga y ensaladas. Renato sigue esclavizado al trabajo. Me consuela verlo distrayéndose. Su aspecto al costado de Felipe es lamentable: ojeroso, cansado y mal vestido. Aparenta treinta y cinco años, no veintiocho.

Estamos en un café. Renato y Felipe toman cerveza y comentan la película. A ellos les divirtió, a mí me pareció estúpida. Bebo agua mineral. Gabriela come mousse de vainilla, no sin reírse y decirme que se siente culposa por tantas calorías. Luego de fútbol, conversaron sobre sus trabajos. Ahora hablan de automóviles. Felipe recuerda vagamente a Renato en el gimnasio. Él contesta que pagó una membresía anual, no tiene tiempo ni ganas de ir. Felipe lo anima, dice que vayamos juntos. Renato toma más cerveza tratando de despertar, solo consigue adormecerse. Felipe bromea. Se llevan mejor de lo que hubiese imaginado.

Se despiden: tiene una clase de spinning a las seis de la mañana. Le hace prometer a Renato que irá al gimnasio: cuando vea los resultados, no podrá dejarlo.

Renato termina de bañarse, llega a la cama y se quita la toalla. Me atrae hacia él, me coloco encima. entra con dificultad: está cansado y algo borracho. Felipe debe estar

haciéndoselo a Gabriela en este momento. Me separo y me masturbo delante de él; le encanta que lo haga. Me toma de las piernas. Entra de nuevo. Termina en poco tiempo, quedándose dormido boca arriba. Está haciéndoselo. De muchas maneras. Causándole orgasmos seguidos. Piernas y dientes grandes. Este momento. Este preciso momento.

No hacemos el amor durante tres semanas. Siempre está fuera de la casa, o muy cansado, o con trabajo pendiente. Es imposible que tenga una amante: no sale de su oficina. Además, se ve descuidado. Pocas mujeres lo encontrarían atractivo o deducirían que tiene dinero.

Mantengo la casa impecable; apenas cruza por ella. Cocino los platos que más le gustan, no los come. Intento excitarlo cada vez que puedo, nada.

Me consuelo masturbándome. Pensando en Felipe. Peleó con Gabriela hace unos días, no la he visto desde entonces. He intentado hacerlo imaginando a Renato, resulta repulsivo. Imagino que Felipe viene, me rompe el vestido y lo hacemos durante horas en cualquier sitio. Me rodea con sus brazos y se aferra a mí, hasta dejarme sin aire. Habla, habla mucho. Se preocupa por mí en todo momento. Separa mis piernas. Me abre. Me raspa. Me ocupa. Me rompe. Marca mi cuerpo con sus dientes. Deja mis piernas lustrosas de saliva. Palpita en mí. Me golpea por dentro. Llega al fondo. Muy, muy adentro. Me diluye. Me borra. Me inunda. Sin preguntarme nada, empieza de nuevo.

Me siento encerrada en mi habitación cuando termino.

Llega del trabajo. Cae con pesadez en la cama. Se queda dormido.

Ayer imaginé a Felipe durmiendo entre nosotros.

Renato tendrá una cita importante con unos empresarios españoles. Está animado: si el trato se cierra, la mercadería ingresará por primera vez a Europa.

Hago su presentación de PowerPoint en la computadora. El alista un catálogo de muestras. Siento como si estuviésemos en la universidad, cuando nos reuníamos para estudiar juntos. Se lo digo, él me besa.

Termino la presentación. Está impecable. A Renato le parece excelente, quiere agregarle un par de datos. Le digo que prepararé la comida. Asiente y revisa los cuadros.

Hace quince minutos terminé de cocinar. Deduzco que está bañándose o viendo televisión. Lo encuentro frente a la computadora. Ha cambiado el tipo y el tamaño de letra, los colores de los cuadros, los efectos de presentación, los gráficos. Ha reescrito varias hojas. Le digo que el archivo estaba bien, necesita comer y descansar. Contesta que la presentación debe salir perfecta, un error mandará todo a la basura. Enciende un cigarro y se queda corrigiéndola. Desarma lo que hice.

Mantengo la calma. Llamo a Luciana por teléfono. Mañana almorcaremos juntas.

Luciana me culpa de todo: siempre me adecuo a lo que quiere sin protestar ni darle la contra. Por él, dejé mi trabajo para encerrarme en la casa y hacer de sirvienta. Me recuerda que cuando éramos enamorados y peleamos por primera vez, Renato no se detuvo en suplicar para que regresara a su lado. La segunda vez fue peor. Ella me escuchó jurar que no saldría con él por lo menos en seis meses. Regresamos a la quinta semana.

Me siento peor al oírla decir que Renato es obsesivo, histérico, egoísta. ¿Qué esperaba viviendo con él: que cambiaría? Me increpa que nos casamos porque insistió hasta el cansancio. Es inseguro, dependiente, me apuró para hacerlo. Siempre pasa por encima de mí y logra lo que quiere.

Estoy a punto de llorar. Luciana se disculpa. No quería hacerme sentir mal, pero ha sido directa porque es mi amiga y estoy a tiempo de cambiar. Debo ser sincera. Mañana es buen día.

Nos despedimos con un abrazo. Siempre podré confiar en ella.

La clase de spinning empieza dentro de una hora. No quiero ir; no tengo nada mejor que hacer. Paseo por el centro comercial. Encargo en la dulcería un pastel de cerezas, lo llevarán mañana en la tarde. Entro en un spa; compro velas aromáticas, crema para el cuerpo y sales de baño. Llego a la tienda de música. Llevo un disco de electrónica. Renato no lo encontraba por ningún lado.

Desayunamos en silencio. Renato malhumorado lee una revista. Intento hablarle, es cortante. Suena su teléfono, discute con el contador: las hojas de compras y pedidos son un desorden, ayer no encontraba nada. Quiere despedir a la secretaria. Termina de hablar. Se pone de pie; vendrá a las nueve de la noche, ya almorzará en alguna parte. Me da un beso y cierra la puerta. No alcanzo a decirle nada.

Olvidó mi cumpleaños. Hoy era buena ocasión para hablarle.

Llamo a la dulcería y cancelo la orden. Tomo las bolsas con lo que compré en el spa y la tienda de música, pienso devolver todo. Dejo mi celular en la cama: no quiero hablar con nadie.

Estoy muy cansada para tener cólera. Felipe me pregunta cómo estuvo la clase. Contesto que bien, aparento entusiasmo. Le digo que en el carro tengo un disco que le servirá para hacer spinning, puedo regalárselo.

Tiene sus audífonos puestos y lo escucha en su discman. Me agradece. Le digo que a Renato le gusta la música electrónica. Nos invita a su casa: tiene muchos discos. Si quiero, puede prestarme de una vez los que deseé, estará libre todo el día.

Su departamento es la mitad de grande que el mío. Tiene un solo cuarto y la cocina es minúscula, aunque hay una buena vista a un parque. Su colección de discos está en la sala. Por lo menos hay ciento cincuenta. Su teléfono suena. Contesta y entra a la cocina. Llego a su habitación. Huele a madera.

Veo su bata de baño en una silla. Me lo imagino con ella, sacándosela delante de mí; listo para hacerme el amor, con una erección inmensa. Me quito la camiseta, las zapatillas y las medias. Bajo las persianas y me echo en la cama. Aspiro el olor de su almohada. Me suelto el brassier y el pelo. Dejo mi anillo de matrimonio dentro de una media. Sonrío para animarme.

Sé a lo que vine. Necesito esto.

Me encuentra recostada. Lo único que llevo puesto es la malla con la que salí del gimnasio. Parece sorprendido. Se sienta y acaricia mi espalda. Lo atraigo hacia mí. Respira con fuerza en mi estómago; me quita la malla y la ropa interior. Intento cubrirme. Él retiene uno de mis brazos y lo besa. Se quita el polo y las zapatillas. Se abalanza contra mí, haciendo que lo rodee con las piernas. Respiro con dificultad: pesa bastante. Se baja el short, coge una de mis manos y hace que se lo sujeté. Lo tiene encorvado hacia arriba, me pide que lo ayude. Le digo que use un preservativo. Se fastidia: está sano, no pasará nada. Respondo que por favor lo haga. Rebusca en la mesa de noche, encuentra uno. Le digo para ponérselo, se lo coloca con apuro.

Siento dolor. Miro hacia abajo: trata de introducirme cuatro dedos de su mano izquierda. ¿Gabriela dejaba que se lo hiciera?

Entra. Tiene el short a la altura de las rodillas y las medias puestas, me incomodan. Se sacude con prisa. Le digo que termine de quitarse la ropa. Intento cambiar de

posición, su peso me opprime. No lo consigo; sigue haciéndomelo. Muerde mis labios, sus dientes son afilados.

Felipe arremete con impaciencia.
Renato no lo hace con mucha prisa.

Felipe coloca mis manos en su pecho.
Renato acostumbra ponerlas en su espalda.

Felipe mete su lengua en mi boca, me besa con fuerza.
Renato no es muy bueno besando.

Dice que estoy buenísima y que le gusto mucho. Le pido con una sonrisa que no lo haga tan rápido, nadie nos apura. Contesta que todo está bien y que me quede tranquila.

Se deja caer encima de mí. Le tiemblan las piernas, tiene la respiración cortada.

Se quita el preservativo, le hace un nudo y lo deja a un costado. Pregunta si quiero acompañarlo a bañarse. Contesta que no. Bosteza, me da un beso y entra a la ducha.

Me visto. Voy al baño y me despido. Responde que no me vaya todavía. Le doy un beso apurado, me deja la cara mojada. No entiendo lo que dice mientras camino hacia la puerta. Tomo el ascensor.

¿Eso fue todo?

Son las cinco. He pasado la tarde viendo televisión. Tensa. Nerviosa. Crispada. No he respondido a ninguno de los mensajes en mi celular: mis padres, Luciana... Tengo quince llamadas perdidas del teléfono de Renato.

La puerta se abre. Renato llega apresurado. Carga una caja de regalo y otra de chocolates, de los que me daba en la universidad. Me pide disculpas: no quería olvidar mi cumpleaños, está nervioso, no ha dormido bien...



Me besa y asegura que soy lo más importante en su vida. Contesto que no se preocupe, estamos juntos y nos queremos. Me anima a abrir el regalo. Es una sortija de oro. Promete que todo será diferente: el negocio resultó con los españoles. Contratará más trabajadores, la empresa tendrá ingresos permanentes, ya no estará tan preocupado como antes.

Me invita a comer. Dice que me resarcirá por lo tolerante que he sido. Me propone ir a un restaurante nuevo, queda cerca de la casa y tiene una comida deliciosa.

El ambiente es penumbroso. Solo hay diez mesas. La comida es cara y no resulta muy buena.

Me habla de la posibilidad de tomar un viaje. Es hora de delegar responsabilidades, pasar tiempo juntos, hacer ejercicio. Contesta que debemos cambiar de gimnasio, hay demasiada gente en el nuestro. Responde que haga lo que mejor crea. Su exceso de culpa es obvio.

Pregunta por Felipe. Cuatro dedos entran en mí. Huelo el látex del preservativo. Mete su lengua en mi boca, me besa con fuerza. Bebo un sorbo de martini. Me tiemblan las manos. Lo he visto un par de veces en los últimos días, sueno tranquila. Intenta seguir la conversación, sus ojos se cierran. El olor a madera y látex me ahogan. Voy al baño.

Tomo sorbos de agua helada. Me veo en el espejo: luzco terrible: tengo tres días de retraso. Siempre me he atrasado por uno o dos días, nunca por tres. Me percaté cuando regresaba de casa de Felipe.

Regreso a comer. Renato habla por teléfono: un grupo de compradores adelantó su llegada al país, tienen que rearmar el itinerario preparado.

Acabo el martini. Me toma una mano con cariño. Mañana me inscribiré en el gimnasio nuevo. También

le pagaré una membresía. Si no lo hago, se quejará de que no lo ayudo a pasar más tiempo juntos. Consulta su agenda. Me sonríe. Sostengo con fuerza el tenedor del pescado; contengo las ganas de tirarle los cubiertos y el plato.

Continúa hablando y haciendo apuntes en su agenda. Comprará una prueba de embarazo mañana en la mañana. Me engaño: estoy encinta. No quiero un hijo.

No ahora.

No de Renato.

No para vivir así.

Fantaseaba con pasar tardes enteras con Felipe, no pensaba pedir nada.

Le preguntaré a Luciana en qué clínica abortó cuando quedó embarazada y decidió perderlo. Voy a conservarlo, pero estaré preparada para todo. Se lo contaré solamente a ella.

ENTRE FANTASMAS

Ella

Una mañana nublada, sin nada que la distinga de las otras.

Sale de su edificio envuelta en un abrigo.

Entra en una cafetería.

Desayuna té verde.

Mauricio

43 años. Gerente. Lo conoce desde hace más de un año.

Cuatro de la tarde. Se encuentran en el bar del hotel acostumbrado. Eso la libra de la competencia y de pagárle a la administradora la comisión por cada hombre que recibe. Mauricio suele decirle que debería irse de ahí: es de lejos la mejor de la casa.

Toman coñac y oporto. Luce más tenso que de costumbre. Dos preguntas bastan para que le cuente cómo pasó la semana.

Ella no lo interrumpe, nunca interrumpe cuando los clientes hablan.

Mauricio ha decidido divorciarse, al fin se librará de su esposa.

Le quita toda la ropa y la echa en la cama. Sus ojos enrojecidos traslucen cansancio.

-Ven conmigo -ella lo toma de una mano.

Entran al jacuzzi. El agua lo reanima. Mauricio está agotado por su trabajo. Ella le sugiere vacaciones, él la mira con ironía.

Se recuestan en la cama. Mauricio pide pastel y helado al departamento de servicio al cuarto mientras ella se inclina y comienza a chupárselo. Él guía su cabeza con una mano, sostiene el auricular con la otra.

Cuelga, la toma de la cintura y se tiende sobre ella. Es el único con el que no usa preservativos. Los exámenes de sangre trimestrales respaldan la confianza; gana dinero por el acuerdo.

Ella intenta no sentir placer.

Dentro de poco, Mauricio será libre.

Mauricio le da un mordisco al pastel; ella le pone helado en el pecho y lo quita con su lengua. Él la sujetó de los brazos y entra con fuerza. Ella no lo apura como suele hacer con los otros.

Quiere llegar al orgasmo. No puede; simula uno. Es verosímil: ligero y silencioso. Mauricio se satisface. Los hombres suelen complacerse cuando ocurre. Lo ha fingido con muchísimos, no recuerda haberlo tenido con ninguno.

Mauricio termina. Ella queda encima de él, le pide no retirarse. Él siente mucho sueño.

Dentro de poco será libre.

Ella

Días huecos. Clientes anónimos. Hombres que pagan por media, una o una hora y media.

Un ritual mecánico: quitarse la ropa, ponerles preservativos, echarse, recibirlas, gemir, hacer que terminen, ser cariñosa, despedirlos con un beso y pasar al siguiente. Con los guapos, intenta alargar el momento.

Atiende hasta a doce en un día. A todos con la misma dedicación, y los olvida cuando cierran la puerta de su cuarto.

Hombres huecos. Invisibles. Anónimos. Inexistentes.

Mauricio

Paga por el mejor cuarto y botellas de cerveza.

-Me ascendieron -Mauricio se fastidia al cerrar la puerta.

-¿Por qué te molesta tanto?

-Más responsabilidades, más empleados, más todo.

-Más dinero.

-Ni siquiera puedo ver a mis hijos.

Ella lo abraza. Sonríe al oírlo hablar de sus hijos.

Lo hacen de pie en la ducha. Él está impaciente. Ella se esfuerza por darle lo mejor de sí.

Termina en pocos minutos.

Ella lo seca sin prisa. Lo peina con sus dedos. Provoca una nueva erección con la mano.

Mauricio se tiende sobre ella.

No es muy original; no importa.

Ella

Tres de la tarde: una hora con un oficinista.

Cuatro de la tarde: media hora con un estudiante.

Ve el uniforme escolar colgado en las perchas. Se avergüenza de eyacular tan rápido; ella lo trata con cariño. Lo convence de que es así al comienzo, la próxima resistirá más tiempo.

Pasa el resto de la tarde depilándose, arreglando sus uñas y hablando con la nueva de la casa. Tiene diecisiete años. A la nueva no le entusiasma el ambiente, pero lo prefiere a ser mesera o vendedora en una tienda. Aunque la casa se quede con la mitad de lo que ganan, a fin de mes juntan lo que una mesera consigue en medio año.

Domingo. Se sienta en una banca del parque. Compra un cono de helado, el sabor le recuerda a Mauricio. Lo imagina riendo a su costado y a sus dos hijos jugando en la arena. Se siente ridícula. Se retira.

Es puntual en su hora de entrada y salida, le paga a la administradora la comisión exacta, nunca hay quejas de nadie.

Un abogado está aficionándose a ella. No lo soporta: hace chistes vulgares y su olor a cigarro es insoportable.

Mientras más hombres recibe, más fácil resulta olvidarlos. Se esfuerza para no pensar en Mauricio.

Sábado. Poca gente en el parque. Se le ha hecho costumbre visitarlo. Le gusta pensar que así es parte de lo que ve a su alrededor. Parte de una vida, de algo, de un pedazo de algo. Desde hace días no sabe nada de Mauricio. Ella tiene su número, sabe dónde vive y dónde trabaja.

Va a un teléfono público. Marca su número.

Cuelga.

Mauricio

La trata con desgano. Sus encuentros se han espaciado. Ella supone que no está esforzándose lo suficiente.

—Solo podré ver a mis hijos los fines de semana —Mauricio se nota contrariado.

Ella besa su cuello; respira aliviada.

Las caricias se acrecientan. Le toca el pecho y muerde sus hombros con apremio. Intenta no reflejar gusto cuando es abrazada. Vive con detenimiento cada instante.

Lo atrae hacia su cuerpo.

Mauricio susurra que se siente bien cuando está dentro de ella.

Ella lo anima a tomarse el tiempo que quiera.

Mauricio se lo hace sin prisa.

Ella alcanza el orgasmo.

Ella

El estudiante resiste cinco minutos.

Ella lo felicita. Sabe que pronto encontrará una enamorada: tiene lindos ojos, es cariñoso y su cabeza no está llena de las estupideces que debe escucharles a varios. Pronto la olvidará. Lo bueno nunca dura.

Ve al abogado tocando el timbre. Es una versión involucionada de Mauricio. Una copia mal hecha de un hombre. Un garabato con el que debe lidiar cada cierto tiempo; lo atiende con el esmero de siempre.

Se sienta en una banca del parque. Las ramas de los árboles y los columpios se sacuden en desorden. Mauricio apenas la visita; quizá se reconcilió con su esposa.

Mauricio

—Conocí a alguien —Mauricio luce radiante.

—¿Cómo se llama? —ella aparenta alegría. Por dentro está derrumbándose.

—Guillermo. ¿Te sorprende mucho?

—No... ¿Cómo lo conociste?

Las palabras llegan deformadas. Solo comprende que tiene veintitrés años, trabajan en la misma empresa y desde hace un tiempo han comenzado a verse un par de veces por semana.

No es la primera vez que escucha esa historia: un hombre pierde la cabeza por un chiquillo. Nunca pensó que llegaría a tanto. Cuando empezaron a sentir confianza, le contó que en el pasado tuvo sexo con algunos hombres. Trata de olvidar lo que oye. Se siente estúpida. Se odia.

Mauricio termina de quitarse la ropa.

No lo apura. No debe.

Desearía que Guillermo fuese mujer. Pelear contra una mujer es sencillo. No puede competir contra un hombre.

Ella

Lo busca en los clientes que atiende. Su aliento, su olor, sus brazos, su forma de desvestirla. El colegial ya no la visita. Debe estar con una mujer por la que no tenga que pagar. Lo bueno no dura.

Jueves. Una cita con el abogado. Quiere que sea tan vulgar como pueda. Que haga con ella lo que se le antoje, que la devuelva a la realidad, que le recuerde que es un trozo de carne que se alquila. Por lo menos es un verdadero hombre.

Presiona los dientes, acaba fuera. La mira con la superioridad acostumbrada.

Ella le pide que se lo haga de nuevo.

Mauricio

Actúa con desidia, como una obligación que deben tener cada cierto tiempo.

—¿Sabe Guillermo lo que haces conmigo? —sonríe algo incómoda.

—No le molesta, aunque a veces habla de ti con celos. Un hombre no es asfixiante como una esposa. No lo apura: quiere llevarse lo que pueda.

Ella

Compra helado y se sienta al costado de una resbaladera.

Las familias a su alrededor la aíslan. La encogen en su sitio.

Su mirada y la de Mauricio se cruzan fugazmente. La calma se rasga. Se quiebra ante su indiferencia. Ni una sonrisa o un gesto para saludarla. No se esfuerza para evitarla: es invisible. Compra galletas para sus hijos. Los niños las reciben. Mauricio se sienta cerca de una poza de arena. Ella los mira, ellos le devuelven una imagen deshecha. Imposible. Fracasada. Le gritan en silencio lo que nunca tendrá. Y que es un pedazo de carne. Un juguete. Un vertedero. Una escupidera.

Arroja el helado a la basura. Se va; quiere que el parque se incendie.

Mauricio y Guillermo

—Quiere probar con una mujer—Mauricio apura un trago de whisky.

Guillermo la mira con timidez.

Nunca había estado en casa de Mauricio. Es como la imaginó: cálida, moderna, con un jardín para los niños.

Él le pide que lo acompañe a la cocina.
 —¿Qué opinas? —Mauricio sonríe y coge vasos de la despensa.
 —Está guapo. Parece buen chico— le devuelve la sonrisa.
 —Lo es. De verdad.
 —¿En serio nunca lo ha hecho con una mujer?
 —No. Parece que se animó al escucharme hablar de ti.
 Ella sonríe con tristeza; sabe que esa sensación pronto se irá, al igual que Mauricio. No menciona el encuentro en el parque: no piensa hacer reclamos absurdos.
 Acuerdan el precio. Ninguno de los dos usará preservativos. Los odian.

—Me dio los resultados de una prueba de sangre. No le interesa hacerlo con otros, al menos por ahora.

Mauricio tiene razón: Guillermo nunca ha estado con una mujer. Se ve inquieto. Masa chicle con nerviosismo. Entra en ella con miedo; no tarda en sentirse a gusto. La toca de modo imperceptible.

Ella se imagina atravesada por una viga, perforada, cortada en partes. Es lo mejor: así terminará de desencantarse. Mauricio los ve a un costado. Acaricia a ambos; mira y besa a Guillermo con cariño.

Se sorprende de sí misma: cuando se lo propuso, pensó que se sentiría amargada. Imaginó que no podría.

Mauricio la toma de un brazo y se la pide con un gesto. Guillermo sonríe y se la entrega. Mauricio se coloca sobre ella.

Termina y se echa a un costado.
 Guillermo se sienta en la cama y la atrae de la cintura. Se miran a los ojos al hacerlo.

Mauricio toma una ducha.

Al regresar, los encuentra fumando.

Ella le pide el baño. Se encierra. Los escucha: Mauricio le habla como si fuera un niño. Oye sus voces sofocadas por besos.

La invitan a comer. Ella desiste con amabilidad, los estorbaría.

Quiere caminar, regresa a pie a su casa. Guillermo y Mauricio sonríen de forma parecida. Sigue extrañada de su calma. Nada es tan terrible.

Mauricio

Se han tratado como amigos que se conocen de hace mucho y decidieron acostarse. Ella está sobre Mauricio.

—Quédate dentro.
 —Por qué te gusta tanto... —él la roza con sus dedos. Luce tranquilo, sin la tensión que lo caracteriza.

—¿Cómo está Guillermo?
 —Consiguió otro trabajo y renunció. Es lo mejor que pudo hacer. Además, era una tentación tenerlo cerca —sonríen.

Mauricio habla con un entusiasmo inusitado. Le cuenta que Guillermo lo visita tres o cuatro veces por semana. Los domingos por la noche se quedan en la cama hablando tonterías, viendo películas o escuchando los discos de Guillermo; hay varios en el equipo de sonido. Mauricio le ha tomado gusto a la música de Embrace y The Mars Volta, no sabía quiénes eran. No sabía que podía querer tanto.

Le invita un café en el jardín, tiene libre el resto de la tarde.

Hace un poco de frío, el ambiente es agradable. Calienta sus manos con la taza. Piensa que todo eso pudo haber sido suyo. Quedan pocas flores y las hojas vuelan con el aire.

Mauricio comenta que cada cierto tiempo el jardinero se encarga de llevárselas. Aún no tiene planeado contratar a alguien que trabaje a tiempo completo: está gustándole vivir solo de nuevo.

Se despiden con un abrazo. Quizá para siempre.

Ella

Espera los resultados de los exámenes.

Una enfermera le entrega dos sobres cerrados. Los abre sin prisa:

VIH: negativo

Embarazo: positivo

Lo consiguió. Se lo propuso desde que lo sentía distante. Quería algo que permaneciera a su lado. Ahora lo lleva dentro.

Llega al parque. Debe juntar todo el dinero que pueda. No contará con él y no piensa decírselo: no era parte del acuerdo.

Empieza a llover. Se sienta al borde de una resbaladera. Un par de niños miran hacia arriba y sacan sus lenguas para recibir la lluvia.

Ella los imita. Las gotas son afiladas, parecen de vidrio.

No se mueve: sabe que no pueden hacerle daño. Nada puede hacérselo ahora.

MAR DE FUEGO

Ordeno los platos para el almuerzo. Es un juego de platos simples, blancos, sin ningún detalle que irrite a mi madre.

Durante los últimos años, mamá ha sido internada varias veces en una clínica psiquiátrica. Temporadas en las que papá y yo vivimos solos. Tenemos una empleada en la casa; pero decidí ocupar el lugar de mamá en detalles, para contentar a mi padre: el periódico en su sitio, el jugo de manzana junto a su pastilla de vitaminas, su habitación siempre ordenada. Aunque ella diga que jamás la reemplazaré, no la odio. Esto no es culpa de nadie.

Mamá suele regresar a casa luego de pasar mucho tiempo en la clínica. Se proponía empezar una nueva vida, y yo intentaba hacérsela más agradable. Mis pequeñas metas eran cada vez más altas y arriesgadas, cada vez más difíciles. Me falta poco para tener quince años; a veces me siento muy cansada.

El tiempo pasó. Me agoté. Me di por vencida. Dejé de esforzarme por ella. Mientras más me empeñaba, peor me salía todo; y peor se ponía mi madre. Aunque no quisiera, me volví preocupada: me convertí en la responsable de mi familia. Dueña de esta casa. Enfermera de mi padre. Madre de mi propia madre.

A veces la dejan salir uno o dos días seguidos. Vendrá a visitarnos esta tarde y pasará la noche con nosotros. Sus doctores afirman que estas visitas son importantes para no enfriar la relación que tiene con su familia, sobre todo conmigo. La psicóloga a la que visito mensualmente me ha pedido que esté atenta a lo que pase. No tengo ningún problema mental, mi padre quiere que la vea solo para asegurarse de que todo esté en orden.

Hay dos tarjetas navideñas en el piso de la sala. Las dejo encima de la chimenea, junto con las que han llegado durante estos días. Ni a papá ni a mí nos interesa. No montamos árbol, ni nacimiento, ni colocamos adornos en la casa. Nos limitamos a recibir saludos y hacer llamadas por teléfono. A papá, al principio, le hacía ilusión esta fecha. Con los años y las ausencias de mamá dejó de celebrarla.

Mis tíos, abuelos y primos saben que no celebramos Navidad; nos animan a hacerlo y a pasarla con ellos. Contestamos que así estamos bien y que la Navidad se lleva por dentro. Sienten lástima por mí y miran con admiración a mi padre.

Papá no es una persona alegre ni expresiva. Pero nos hemos vuelto mejores amigos, y me propongo hacerlo feliz. Fracaso: es un hombre envejecido. Sus ojos se han apagado. No puedo prenderlos por más jugo y vitaminas que le sirva. Debo salvarlo: él ayudó a sofocar mi miedo.

Yo tenía nueve años. Mamá me despertó de madrugada. Dijo que iríamos lejos, adonde no nos lastimaran. Tenía lista la ropa de ambas. Ni papá ni nadie nos haría daño, sobre todo mi padre. Me besó con desesperación. Cuando salió de mi cuarto, le puse llave a la puerta y me encerré en el armario. Comencé a escuchar gritos: mamá quería entrar. Permanecí inmóvil. Le lanzó más gritos a la puerta; luego puñetazos; terminó dándole patadas. Todo

se calmó por un momento. Un estruendo sacudió el armario: mamá golpeaba el pomo y la madera de la puerta, deduje que lo hacía con un martillo. Distinguí el pomo cediendo y la madera astillándose. Me oriné en los pantalones de piyama.

Lloraba desesperada: la odiábamos, hoy se acabaría todo, hoy dejaríamos la casa. Los gritos callaron. Vi a mis padres abrazándose a través de la cerradura. Se pusieron de rodillas. Papá dejó el martillo a un lado y comenzó a hablarle al oído; mamá seguía llorando. Permanecieron así hasta que llegó la ambulancia. Ése fue su primer internamiento.

Y a partir de ese día, comencé a vivir con miedo.

Entro al taller de pintura de mamá. Cuando está en casa, suele pasar mucho tiempo haciendo manualidades, pintando, moldeando arcilla... Sus creaciones son medianas, pero el arte la mantiene tranquila. Corro las cortinas y compruebo que los utensilios estén completos.

Las paredes tienen acuarelas hechas por ella. Sus cuadros llevan trazos ligeros y nerviosos, casi invisibles. Miro el lienzo que dejó a medias: un retrato de papá cuando era niño. No tenía ojos envejecidos ni apagados. Lo apoyaría si se divorciara y tratara de recomenzar su vida. A veces me esfuerzo para odiarla. Solo consigo sentir lástima. Y rencor. Y miedo.

Al día siguiente de internar a mamá, papá me llevó a comer; me compró ropa, juguetes y todo lo que pedí.

Alquilamos una película de dibujos animados y nos pusimos a verla en su cuarto. Siempre me gustó la cama de mis padres: es ancha, mullida y está llena de almohadas. Papá se durmió rápidamente. Yo abrí la caja de crayolas que me compró y las usé en un libro para colorear durante mucho rato.

Desperté en la mañana. Las sábanas amanecieron pintadas, las crayolas estaban rotas. Me había dormido sobre ellas. Comencé a llorar: mi padre es un hombre bueno, pero estricto. Se levantó, miró el desorden; me pidió que me tranquilizara y que fuera más cuidadosa. Me trató con un cariño que nunca había mostrado.

A la semana siguiente encontré una caja envuelta con papel de regalo: un juego de crayolas nuevas. Se me hizo costumbre pintar con ellas y quedarme a dormir en el cuarto de mis padres.

Él es callado; yo, bastante habladora. Pero vivimos sin angustia.

Hasta que mamá es dada de alta.

Sonriente, serena, lista para recomenzar junto a nosotros. Dispuesta a no enfermarse ni volver a la clínica. Mi miedo, sometido y dominado, me rebalsa.

Consigo calmarme. Mamá se deteriora. Su enfermedad arrasa con ella, nosotros y la casa. Con los meses, se vuelve incontrolable: gritos, comida tirada al piso, comentarios hirientes a mí, insultos a mi padre, lunas y vasos quebrados... Todo se va cuesta abajo.

Pero guardamos la esperanza de que podrá recuperarse.

Re corro la casa. Todo está listo: las flores en sus jarrones, los pisos lustrados, la mesa arreglada, y mi ropa limpia y planchada. Soy grande para usar estos vestidos, a mamá le gusta vérmelos puestos. Habla con temor sobre el paso del tiempo, y cómo quisiera que yo fuera niña por siempre.

Me siento en el columpio del jardín. Me cubro del sol. El calor es agradable.

Se me hizo costumbre pasar tiempo en el cuarto de mis padres cuando ella estaba internada. A papá no le

hacía gracia: decía que la llenaba de juguetes y envolturas de chocolates, pero siempre me dejaba quedarme.

Un domingo, regresó de visitar a mi madre. Yo tenía doce años, y armaba un rompecabezas en su cama. Me hice la dormida. No quería salir de la habitación, es la más ventilada de la casa.

Papá se echó a mi costado y encendió el televisor para ver las noticias. Se quedó dormido al poco tiempo. Yo estaba de espaldas a él escuchando sus ronquidos. Sentí una gran ternura: lo veo como un niño que debo proteger. Quería que ese momento durara por siempre. Pegué mi cuerpo al suyo. Temblé al sentir el roce de su ropa contra mis piernas, al tener su aliento en mi nuca. Me junté más, sentí algo endureciéndose. Comencé a moverme. Se puso más rígido. Me restregué con miedo al principio. Luego con fuerza. Luego con temor. Con prisa. Angustia. Vergüenza. Despertó alterado. Me quedé inmóvil. Salió de la cama y se encerró en el baño.

Se opuso de manera cada vez más tajante a la idea de que pasara tiempo en el cuarto o durmiera en su cama.

Dejé de entrar a su habitación, pero el temor y vergüenza continuaban. Empecé a mirarlo cuando se bañaba. Algo me llevaba a plantarme delante de la puerta, inclinarme y ver a través de la cerradura. La primera vez sentí vértigo, sed y dolor en el pecho. Tenía las mejillas ardiendo.

Su cuerpo. Blando, pálido, delgado; con una barriga cada vez más hinchada. El dolor fue reemplazado por apuro. El vértigo se convirtió en gusto. Memoticé cada pedazo suyo: cada cicatriz, cada arruga, cada pelo.

Lo he visto tocándose muchas veces.

Cuando lo veo, algo se inflama en mí. Se estira. Se suelta. Se abre, se abre rápidamente, se abre más, y más, cada vez más, más y más abierto... Él termina. Yo empiezo.

Verlo y tocarme se ha vuelto rutinario. La presencia de mamá nunca es obstáculo. Si no puedo verlo a través de la puerta, me encierro en mi habitación y pienso en él para hacerlo. Podría pensar en otros, no quiero. Me gusta tocarme pensando en mi padre. No he hablado con nadie sobre esto.

El columpio se mueve con suavidad. Quisiera que en el jardín hubiese una piscina. Me pongo lentes de sol: la luz golpea mis ojos.

Papá entra al jardín, arreglo mi vestido. Camino a él, lo beso y le digo que iré a servir la comida. Pregunto por mamá; contesta que no pudo venir, quizás lo haga a fines de enero. Me callo. Recibo una bolsa: un regalo de mamá por Navidad: un títere hecho a mano. Tiene una nota amarrada a un brazo: *con todo mi amor*. Camina de regreso. De espaldas parece un anciano.

Guardo los platos y cubiertos. ¿Empeoró? ¿No la dejan vernos?

Me acerco al cuarto con cuidado. Al verlo bañarse, he aprendido a ser veloz sin provocar bulla. Pego el oído contra la puerta: *no quiso venir, dijo que estamos mejor sin ella, el médico dice que no pone de su parte, quiere morirse, no sé cómo ayudarla, no sé cómo...* Ahoga el llanto.

Entro a la habitación de pintura.

Observo las acuarelas. Cubro el retrato y cierro la puerta con seguro. Aviento la llave al patio del vecino.

No dejaré que siga atormentándome, ni haciendo sufrir a mi padre.

Se acabó.

Me tapo la cabeza con un pañuelo y me amarro otro alrededor de la cintura. Hoy usaré por última vez

un vestido de niña. Pastores y animales de yeso, ramas plásticas, ángeles de madera y pergamo... El contenido de las cajas queda disperso en la sala. Si no se esfuerza por regresar, no pelearemos para recuperarla. Que se ahogue en su locura. Que se pierda para siempre. Sacaré hasta el último objeto que nos recuerde a ella. Uno por uno. Lentamente. Muy lentamente. Terminaré con las fotografías en las que aparezca. Todos los sitios que tenían algo suyo serán reemplazados por espacios vacíos y listos para vivir junto a nosotros.

Cuidaré de él a tiempo completo. Decidiré dentro de la casa y lo veré a través de la cerradura para tocarme. Cuando quiera. Cuantas veces quiera hacerlo. Lo merezco.

He puesto los adornos en los lugares que recordaba que tenían. Mañana lo animaré a armar el nacimiento. Sirvo jugo de manzana y pongo la pastilla de vitaminas al costado del vaso.

Coloco una cinta de cuentas plateadas alrededor del árbol. Al empezar a echar nieve artificial en las ramas, lo veo bajar las escaleras. Mira con desconcierto. Me pongo a su costado; lo abrazo, no quiero soltarlo. Yo encenderé sus ojos. La olvidará. Me queda toda la vida para intentarlo.

UNA VITRINA EN MEDIO DEL AGUA

Miércoles

Antonia sale rumbo a la cocina, con los billetes que acaba de darle Lorenzo. Llevan casados más de cuarenta años, hasta ahora le irrita que él siempre se queje por dinero.

Marca el número de Clara; Antonia le pide que venga de inmediato.

Lorenzo intenta concentrarse. El domingo en la noche debe darle al encargado de la imprenta el número doscientos ocho de la gaceta. Horacio todavía no entrega su parte; cada vez trabaja menos, critica todo y siempre quiere cambiar el orden de los artículos o las fotografías. Tiene que librarse de él, debe encontrar una forma.

La bulla que hacen Clara y Antonia limpiando el patio es insopportable. Además del ruido producido por las botellas y los papeles que ponen en bolsas de basura, los chillidos de Clara cuando dice algo lo crispan. Se encierra en su habitación. Revisa lo avanzado. Entra Antonia.

—¿Puedes ayudarnos a botar el sillón del patio?

El patio se ve más grande sin el sillón y la basura que tenía. Le agrada la idea de usarlo para preparar la revista durante los veranos. Clara riega las plantas.

—Le diré al jardinero que ponga margaritas.

—Clara: fíjate en lo que eches a la basura.

—Estoy diciéndole qué debe botar y qué no.

—Clara: fíjate bien.

Antonia manda a Clara a comprar lejía; contiene el fastidio.

Pasa la tarde corrigiendo un artículo. Le gusta. Antonia ingresa al cuarto cargando una bandeja con té y galletas. Él le agradece con una sonrisa.

—Mañana vienen a limpiar las arañas. Los muebles y las cortinas se los llevarán en la tarde. Usaré toda mi jubilación, pero ni así me alcanza... Necesito más dinero.

—Iré al banco, no creo que pueda darte mucho.

—Dame lo que puedas, ya veré cómo hago.

Antonia sale del cuarto. Llega al comedor. Coloca los adornos de porcelana y plata encima de la mesa. Siempre debe rogar para sacarle dinero.

Mira la vitrina de la sala: el viernes empezará a limpiarla.

Jueves

—Esto no alcanza... Clara me ayudará todo el fin de semana.

—Prepara algo simple, y no es necesario que tengas a Clara todo el tiempo metida en la casa, yo te ayudo.

—¿Para que pongas mala cara cuando te pida algo? No vemos a Isabel desde hace mucho.

—Antonia: no tengo... y tú sabes lo que cuestan tus medicinas.

—¿Por qué siempre me lo recuerdas?

—Es para que comprendas.

—Coge un poco de tu revista.

—No puedo retrasarme con los pagos.

—Necesito más dinero!

—Tengo que salir, regreso en media hora.

Siempre debe suplicarle. No puede quedar mal, todo debe salir perfecto.

Abre su joyero. Las cadenas son delgadas, los anillos no tienen piedras valiosas... Encuentra su aro de brillantes. ¿En qué mala hora le pidió a Lorenzo que guardara sus joyas?

Una señora la saluda y pregunta si es la primera vez que pide un préstamo. Antonia asiente y le entrega el anillo. La mujer coge un lente de aumento y lo examina. La felicita: son brillantes con impurezas pequeñas, tienen buena claridad y corte. Lorenzo pagó por la sortija; ella la eligió, él no la hubiese escogido bien. La empleada la pone en una balanza electrónica, hace operaciones con una calculadora y escribe en un talón la suma que podría prestarle. Le ofrecen el doble de lo que necesita.

Firma el contrato.

Compra en la ferretería veinticuatro bombillos de lágrimas, una manguera y dos frascos de pulidor de plata. Pasa por la florería del mercado y le dice a la esposa del jardinero que quiere gardenias en lugar de margaritas. Trece arbustos serán suficientes.

—¿Paulita llamó?

—Pensó que te encontraría.

—Iba a contarme de sus vacaciones con los chicos. ¿Puedo hablarle?

Antonia suelta una lágrima al escuchar a sus nietos; les dice palabras en inglés, ríe en todo momento. Le pregunta a Lorenzo si quiere hablar con ellos. Él niega con la cabeza; golpea su reloj con el índice derecho. Antonia se apura, Paula la llamará en la noche.

El ruido que hicieron limpiando las arañas de cristal es mínimo comparándolo con el que causan puliendo los

adornos de la mesa. Clara chilla cuando dice algo. Marca el número de Horacio. Su esposa contesta, le dice que no llegará hasta la noche.

—Le pedí a Clara que venga mañana para ayudarme con la vitrina y ver la comida. ¿Sabías que ya no trabaja en casa de la señora Olga?

—No.

Él lo sabía. Le fastidia la idea de tenerla como empleada doméstica.

Suena el teléfono, Antonia contesta en la cocina. Su tono cambia al escuchar a sus nietos. Lorenzo ve los adornos y ceniceros, limpios de la suciedad que tenían.

La voz de Antonia se extingue.

Él se oculta detrás de la puerta

estoy harta de mendigarle
se molesta por todo
ha hecho un lío con la visita de mi prima
quiero que Clara trabaje en la casa
es un ridículo

Quiere entrar a callarla. Antonia habla entrecortadamente y se suena la nariz. Llora sin hacer ruido: le agradece a Paula, mañana recogerá el dinero en la oficina de envíos. La escucha dejar el auricular a un lado. Lorenzo se hace el distraído.

—Paulita quiere hablar contigo.

—Contestaré en el cuarto.

Su hija tiene la costumbre de tratarlo como un niño bruto y explicar sus frases como si tuviera diez años.

Responde tranquilamente

no lo hago por maldad
le han aumentado las gotas para dormir
yo me encargo de sus pastillas
le tendrá paciencia
sabes que siempre fue terca

—¿Cuánto dinero te falta?

—Me las arreglaré con lo que me diste.

—¿Estás segura?

—He quedado con Clara en pagarle una parte ahora y otra el mes que viene.

—Todo saldrá bonito, ya verás. Si necesitas algo, dime.

Ella le da un par de palmaditas en el brazo. Él se retira. Dice que no tiene dinero y ahora se lo ofrece. Coge el auricular y marca el número de Paula: está bien, siempre le gusta hacerla quedar como loca. Paula contesta, Antonia cuelga.

Abre la vitrina de la sala.

Lorenzo ronca con placidez. Antonia lo observa. Siente su olor. Es como el de la vitrina: a rancio, húmedo, guardado.

Viernes

Un ruido atronador lo despierta. Un chorro de polvo blanco entra por la ventana.

En la sala, encuentra a Clara frotando las patas de una mesa con pulidor de madera. Lorenzo estornuda: el olor de ese líquido acostumbra irritarlo. Entra a la cocina. Antonia dobla servilletas. Un hombre lija las lozas del patio. Una estela de polvo sale disparada de su máquina y choca contra las ventanas.

—Vino Horacio. Estaba apurado, pasará el fin de semana con su hijo. Me encargó esto. Dice que lo perdone, cuando le dan sus ataques de gota... ¿Te pasa algo? Lorenzo...

—Nada. Ya regreso.

Entra encolerizado a su habitación. Es imposible encontrar un poco de gracia en el artículo de Horacio. Las imágenes que deben acompañarlo están amarillentas, su

letra es ilegible. Lee la segunda nota. La arruga: es la misma que publicaron hace dos años. No se ha tomado el trabajo de rescribir ni una sola oración. ¿No puede hacer una crítica a un libro o un artículo sobre plantas? Tiene menos de dos días para redactar cuatro carillas de gaceta. No piensa publicar un número con menos páginas, repetir un artículo, o copiarlo de otro lado.

Abre su armario y toma varios ejemplares pasados. Rebusca con prisa. Encuentra el anuncio del vivero que compró publicidad hace un año. Puede prometerle al dueño uno gratis a cambio de que lo ayude a escribir un artículo de plantas ornamentales, no tiene idea de cómo abordar el tema de forma interesante.

Clara y Antonia limpian las esculturas de porcelana. Antonia le cuenta dónde y cuándo compró cada una. Clara la escucha con atención. A Lorenzo le harta que reaccione como si fuera la primera vez que oyera hablar de ellas.

—Tengo que salir, una de las notas de Horacio está incompleta.

—¿Le has consultado para ver si puedes cambiarla?

—No tengo que consultar nada. Vengo a las dos.

—No demores: hoy decidiremos la comida.

Lorenzo ve el rostro sonriente de Clara. Disimula el asco.

La idea de ser el único encargado lo reanima. El trabajo de Horacio ha sido terrible en el último año. No le molestaría tirar a la basura lo que escriba, pero no mantendrá su nombre como editor ni dejará que hable como si le perteneciera cada una de las palabras que sale impresa.

No se le ocurre una manera atractiva de presentar el artículo, ¿qué de emocionante tiene un helecho? Lo mejor será describir los tipos de plantas que encuentre, dar consejos y apuntar anécdotas del dueño.

Una gran cantidad de jacintos se disponen en filas. Alrededor encuentra toda clase de flores, macetas y paquetes con tierra. Saca su libreta de apuntes. Una señora se acerca y le pregunta qué desea. Lorenzo ve desconfianza en ella; la frialdad desaparece cuando le dice qué es editor de la gaceta y quiere hacer una nota sobre plantas. La señora lo reconoce. Lo felicita por la revista, ella y su esposo la leen. Lorenzo pregunta por el dueño, la mujer contesta que fue al norte de la ciudad a comprar semillas. Lorenzo se lamenta: necesita una nota para el domingo. La mujer responde que no se preocupe, ella lo ayudará: sabe tanto de plantas como su marido.

El reportaje será más complicado de lo que pensaba: hay varias formas de clasificar plantas, podría llenar diez páginas hablando de los cactus. Lorenzo hace notas apresuradas, la señora no ahorra explicaciones y despeja cada una de sus dudas. Debe tener la misma edad de Antonia, pero no la imagina tirando abajo la casa por una visita.

Le explica los tipos de abono empaquetado que existen. Le dice que no es necesario que escriba: tiene folletos y libros, le prestará los que quiera.

Hay un cuarto acondicionado especialmente para las orquídeas. Cada una cuenta con un ambiente en el que la iluminación, la tierra y la humedad están preparadas. Lorenzo mira su reloj: dos y trece. No piensa cortarla en un tema del que habla con tanto orgullo. La idea de vender orquídeas fue suya. Su esposo se negaba al principio. Son trabajosas, aunque la satisfacción de verlas abriendose hace que valgan la pena. Él concluye que es el mejor sitio para tomarle una foto. La mujer le pide esperarla un rato. Lorenzo queda viendo la zona dedicada a las cattleyas; a Antonia le gustarían, aunque no sepa cuidar bien los arbustos del patio. El precio le resulta escandaloso.

Entra con un delantal limpio, el pelo recogido y el rostro maquillado. A Lorenzo le parecía más atractivo

fotografiarla con la ropa sucia y la cabeza desordenada. Le promete imprimir dos anuncios gratis y hacer una mención especial sobre el vivero en el artículo. Ella lo invita a almorzar junto con los despachadores de la tienda. A él le parece un descaro aceptar luego de lo amable que ha sido, se niega. La mujer insiste, así aprovechará para entregarle los folletos. Él mira su reloj, ya se disculpará con Antonia.

—Te estuve esperando para elegir la cena!
 —Lo importante es ver a tu prima.
 —Todo te da igual. ¿Y esa maceta?
 —Los jacintos florecen durante la primavera. Podríamos... ¿quién puso eso?
 —El jardinero reemplazó todo con gardenias.
 —¿Y la retama?
 —Tenía hongos, iba a malograr los arbustos.

Antonia llega a la sala. Revisa las esculturas de porcelana, quedan manchas en varias, mañana las lavará de nuevo. Toma una hoja de papel y revisa la lista para la comida.

Él mira con rabia las gardenias, le parecen corrientes al lado de las orquídeas. ¿Cómo pudo quitar la retama? Fue un regalo de su madre, decía que traían suerte.

Es casi medianoche. Su nariz se congestiona al entrar al cuarto, la sensación a pulidor de madera es persistente. Estornuda. El olor que viene de la cama es intenso. Toca uno de los bordes, está húmedo por el líquido. Se desespera al tener que respirar ese aire caliente y amargo. Abre las ventanas, la situación no mejora.

Intenta dormir, se revuelve con desesperación. Sus movimientos despiertan a Antonia. Ella queda satisfecha: el olor tardará en irse por completo.

Sábado

—Mira la cuenta de teléfono... ¡Trece llamadas a Estados Unidos! ¿Qué tanto tienes que decirle a Paula?

—Siempre hablo lo mismo con ella.
 —Te he dicho que esperes a que te llame.
 —Pero apenas tiene tiempo...
 —¡Espera a que te llame!

Lorenzo sale de la cocina. Clara limpia las ventanas sin hacer ruido.

Él se acomoda en la sala

siempre vivió con la manía del dinero
 su familia tenía bastante
 perdió casi todo por un negocio del padre
 su madre era peor
 usaba ropa y perfumes baratos
 me martirizaba con el ahorro
 era ridícula como él

Decide irse a la calle.

Le pide a la encargada de la biblioteca que fotocopie los folletos, los recogerá en unas horas. Tiene la nariz irritada y con un olor persistente a pulidor de madera.

Termina de escribir el artículo. Cambia algunos signos de puntuación, guarda su lápiz. Es uno de los mejores que ha hecho en varios números, aunque la molestia en la nariz haya sido constante. Hace mucho no escribía en la biblioteca. Un ambiente silencioso, aislado de todo.

En la mesa del comedor están las figuras de porcelana. Nunca le gustó La Alborada. Uno de los brazos de la mujer está pegado, a Antonia se le rompió hace mucho. Coge la escultura; de un jalón lo remueve. Monta el pedazo. A simple vista continúa intacto.

Domingo

—Isabel llamó. Mañana estará a las siete y media.

Lorenzo asiente. Durante la madrugada, se levantó con la nariz congestionada y fue al cuarto de Paula. Se durmió al instante.

Sus ojos siguen la trayectoria de la cápsula de Antonia: viaja por el aire hasta llegar a su boca y ser tragada con agua. Ella no soporta el control al que debe someterse: una cápsula en la mañana y cinco gotas para dormir en la noche.

Revisa el borrador de la gaceta, no queda nada por corregir.

Escucha a Clara comentando lo lindo que ayer estuvo el cumpleaños de su sobrina; trajo pastel para Antonia y Lorenzo. Él piensa que, con el tiempo, Antonia necesitará una persona que se encargue de ella. A Clara parece sobrarle la paciencia.

A través de la ventana, ve las cortinas, alfombras y muebles descender del camión. Están forrados con plástico, cualquiera diría que son nuevos.

Almorzar resulta placentero. Solo él y la televisión. Antonia y Clara salieron al supermercado, la lista se veía interminable, ¿cuánto está costándole esto?

Observa La Alborada. El brazo está unido al resto con pegamento húmedo.

Llega a la esquina de la sala, y no encuentra sus fotografías al lado de los alcaldes.

Las busca por las demás paredes, las mesas, las repisas... Nada. Se exaspera al ver en uno de los aparadores del comedor la placa que le entregó la alcaldía el año pasado. Se pierde en medio de la cafetera de plata y las licoreras.

Sube al cuarto de Paula y revisa el calendario cultural del municipio. El martes podría ir al recital de música clásica. ¿En dónde están las fotografías? Organiza el índice para la subsiguiente edición. Mira cada cinco minutos por la ventana. ¿Quién le dijo que moviera la placa?

—¿En dónde están las fotos de la sala?

—¿Las tuyas? No pudimos quitar el óxido de los marcos. Mandé a hacer unos nuevos.

—¿Y... las fotografías?

—Preferí dejarlas y que me las entreguen con los marcos nuevos. Clara, ten cuidado con los tomates, están en la bolsa más grande.

—¿Por qué moviste la placa?

—Es de madera y estaba en una repisa con figuras de porcelana, se ve mejor en el comedor.

—Ponla en su sitio.

—¿En dóndequieres que la ponga?

—En su sitio.

—Se ve bien junto a la cafetera...

—Ponla.

—No hay espacio... ¿Adónde vas?

Coge la placa del comedor y la coloca en la repisa de la sala. Antonia no dice nada: él la dejará ahí como sea.

Lorenzo y el encargado de la imprenta revisan las hojas del próximo número. Las voces de Antonia y Clara llegan desde la cocina, él intenta imponer la suya. Le pide que borre el nombre de Horacio como editor de la revista:

—Sabía que esto iba a pasar. Estamos quitándole un peso.

El encargado promete hacer un buen trabajo copiando todo a la computadora, imprimiéndolo y encuadrándolo.

La voz de Antonia se extiende
lo único que existe para él es su revista
Lorenzo habla sobre el vivero
tiene una gran cantidad de flores
los viejos tratan de no verse inútiles
hay una zona solo para orquídeas
como si alguien leyera esa tontería

Lorenzo pide perdón: la enfermedad de Antonia y sus medicinas hacen que actúe sin pensar. El encargado responde que no tiene que disculparse, él entiende.

La despensa está repleta de frascos y paquetes. ¿A quién quiere impresionar con tanta comida? Hay dos cazos tapados con un paño. Los descubre: champiñones y alcachofas marinándose. Ella nunca se ha esmerado tanto cocinando. Ni cuando el alcalde fue a cenar a la casa, una semana después de entregarle la placa a la gaceta por su aporte cultural al distrito.

La idea de desconectar el refrigerador es tentadora. Se conforma con golpear una esquina de la torta guardada en una caja.

Isabel es alérgica al comino. Espolvorea casi un cuarto de frasco en los champiñones y las alcachofas.

Toma La Alborada entre sus manos. La coloca en su sitio luego de despegar el brazo y ponerlo a los pies de la escultura.

Lunes

—Estaré fuera todo el día, tengo que hacer entrevistas.
—Isabel llega a las siete y media.
Antonia bate claras de huevo. No hizo nada por la casa y está decidido a dejar esa horrible placa en la repisa. No le dará el gusto de que la cena sea un desastre.

Clara se acerca con la vasija de alcachofas: las siente muy condimentadas.

El silencio de la biblioteca es roto por hojas de papel deslizadas.

Ha leído la tercera parte de los folletos, hace apuntes con su lápiz. Piensa en Horacio, se reunirá con él cuando llegue de casa de su hijo para explicarle su decisión; no le importa cómo la tome.

—Tu traje está en la silla del cuarto. Clara lustró tus zapatos.

—¿Qué tal te fue?

—Nos retrasamos un poco, nada grave.

—¿Qué le pasó a la torta?

—Debe haberse golpeado con algo. Pásame el tenedor... Gracias. Con esto haré las líneas que tenía la crema.

—Está bien.

—Con esto quedará mejor. Me voy a la peluquería en un rato.

Lorenzo cruza por la sala. No recuerda haber visto la casa tan arreglada desde hacía años, ¿cómo lo logró en cinco días?

Se baña con fastidio. ¿Cree que alguien se fijará en las esquinas de un poste?

Antonia intenta ponerse de buen humor mientras le hacen las uñas y el pelo. ¿No se dio cuenta de lo golpeada que estaba la torta? La mediocridad de su esposo la abruma.

Mira La Alborada a través del cristal de la vitrina. Sigue con el brazo despegado. Quizá lo mencione durante la cena. Ojalá se vaya rápido.

Clara entra al comedor con dos botellas de vino. Viste una blusa blanca y una falda negra. Las pone encima de la mesa y le cuenta lo que han cocinado. Antonia llega, y le pide a Clara que la acompañe a cambiarse.

—Te ves bien.

Antonia le sonríe. “Está bien, te ves bien”: es lo único que sabe decir.

Lorenzo se arregla la corbata y anuda de nuevo los cordones de los zapatos. Son las siete y veintiuno.

Antonia baja las escaleras y entra con prisa a la cocina, Clara camina tras ella. Hacen bastante ruido con los platos y cubiertos. Lorenzo se asoma, nota el maquillaje de Antonia alterado por los ojos húmedos.

—¿Por qué no te has cambiado?

—Tenemos que llevar la comida. Acaba de llamarme. No puede venir. Debió adelantar su viaje, sale a las tres de la mañana, no me explicó bien... Ayúdanos a meter la comida al carro.

—Yo no iré a ningún lado.

—No puedo llegar sola, no estaremos ni una hora, por favor... ¡Te estoy hablando!

Lo encuentra en la sala.

—Mira lo que has hecho por ella: la comida, el patio, los muebles... ¡Ese vino es carísimo!

—Era una ocasión especial. ¿Qué vas a hacer? ¡Lorenzo!

Una de las botellas revienta en la columna de la sala. Siempre se ha escondido en su enfermedad para burlarse de él, de su revista, de su madre, de su forma de hacer todo.

La segunda es lanzada contra la pared, se desvía y rompe el cristal derecho de la vitrina. Varias esculturas son derribadas por ella.

—¿Sabes cuántos años tienen las figuras?

—¡Son solo adornos!

—A ti no te importa nada!

—Mira lo que me importa éste...

Lo estrella contra el suelo, la porcelana se esparce. Agarra La Alborada y la avienta hacia un florero. El agua salta por todas partes. Clara le pide calmarse.

Lorenzo la coge del cuello y la arrastra a la puerta. El susto de Clara se convierte en llanto. La arroja a la calle. Regresa. Ve a Antonia intentando juntar los pedazos de las esculturas. Tiene el maquillaje corrido.

—Deja eso, puedes cortarte.

—Suéltame, voy a pegarlas.

—Puedes cortarte.

—¡Suéltame! No vamos a ninguna parte.

—Antonia...

—¿Por qué te gusta que todo me salga mal?

No sabe qué decir. Sube al cuarto a cambiarse de ropa.

Se sienta en una banca del parque. Las libélulas dan vueltas. Los peces se mueven lentamente. Coge una piedra y la tira hacia el agua. Demora poco en chocar contra el fondo. No quería terminar así: una vejez calmada, hoy convertida en un estado asfixiante. No puede vencerlo. Por más pastillas y gotas que tome, cenas que prepare, llamadas telefónicas que haga.

Baja las escaleras que desembocan en el estanque.

Se sumerge, traga toda el agua que puede. Es amarga. Se deja llevar al fondo. Amarra sus manos a las hierbas. El frío la recorre. Los peces, las plantas y el agua oscurecen lentamente. Todo a su alrededor se funde. Se opriime. Se apaga.

Una fuerza tironea de ella. Se agarra con más apremio. Distingue a Lorenzo gritando; se sujetta con desesperación, y traga más agua.

Los tallos se rompen. Sale arrojada a la superficie. No distingue ninguna forma. No escucha ni siente nada. Quizá esté muerta. De no estarlo, se lanzará de nuevo.

Pedro es sujetado por sus hijos antes de caer al suelo. Su esposa no respondió al tratamiento: sus pulmones se reducirán hasta que el aire no ingrese en ellos. Morirá en pocas horas, a menos que decidan conectarla a un respirador. Solo así seguirá viva, de manera inconsciente; no sanará. Pedro le dice a la doctora que haga un tratamiento más drástico, una operación, lo que sea. Ella responde que si existiese una solución, la habría aplicado.

Lo arrastran hacia otra sala. Apenas se sostiene. Repite el nombre de Aurora entre lágrimas. Lo sientan. Su hija le da un vaso con agua. Su hijo habla con la doctora: la neumonía con la que ingresó su madre se transformó en una insuficiencia aguda. Solo respira a través de la mitad del pulmón izquierdo. Ambos se han calcificado.

La voz de Pedro se vuelve destemplada, reverbera en el corredor, las personas que salen del ascensor desvían la mirada. Con un gesto, la doctora les pide a los hijos que lo vigilen. Regresa con apuro a Cuidados Intensivos.

Pedro mira a su nieto menor, lo carga, intenta sonreír, y le dice que la abuelita estará bien. Sigue teniendo fuerza pese a sus ochenta y tres años. Se levanta y camina con él en brazos. Se apoya contra una pared. Sus otros nietos quieren acercarse. Sus hijos lo impiden: tienen que hablarle.

Su hija pregunta qué piensa hacer: ¿conectarla a un respirador? Pedro besa a su nieto, le hace una caricia y responde que no: no la hará sufrir. Pide que traigan de la casa el rosario de Aurora, su libro de oraciones y su cuaderno de recortes.

La doctora regresa: Aurora quiere verlos. No deben decirle nada sobre su estado, ni llorar, ni mostrarse ansiosos.

Pedro bebe un sorbo de agua, se arregla la camisa y limpia sus anteojos.

5

Las luces, los sonidos y el aspecto de las máquinas que tiene su esposa a su alrededor lo hacen temblar. Agarra el borde de la cama para no desvanecerse.

Lo llama moviendo tenuemente los dedos. Él toma la mano de Aurora; está helada. Su frialdad es quemante. *¿Cuándo voy a salir?* La mascarilla ahoga sus palabras. Pedro contesta que en un par de días. *Tengo miedo.* Él contiene las ganas de arrancarle las sondas y romper los monitores que tiene enfrente.

Una enfermera entra al cuarto, los saluda y cambia el frasco de suero. Les sonríe en todo momento. Aurora intenta hablarle. Se mueve como un animal herido. Él piensa que hasta un perro tiene más dignidad: su dueño lo mataría de un disparo. La enfermera le pide que se calme y conteste abriendo y cerrando los párpados: una vez para decir “sí”, dos para decir “no”. Aurora responde de todas las preguntas. Luce más calmada luego del interrogatorio. La enfermera manda que se comuniquen así hasta que pueda respirar bien. Se retira.

¿Quieres otra almohada? ¿Tienes calor? ¿Cierro las cortinas? Aurora contesta en silencio. Pedro se queda sin saber qué preguntarle. Le acaricia el pelo.

Aurora mantiene su mano en la suya. Se siente contrariada: todos deben estar preocupados, esa clínica parece cara, está angustiando a su esposo... *¿El resto de su familia no puede hacer algo? ¿Por qué solo piensan en ellos?* Sus hijos ingresan. Cierra los ojos, finge dormir. No tiene ganas de hablarles. Está enfadada, especialmente con su hijo: tres domingos seguidos en los que no almuerza con ellos. La excusa de siempre: mucho trabajo. Hablan en voz baja. Se esfuerza para oírlos. Toma aire en medio de la oscuridad, respirar se ha vuelto un acto consciente. Pedro intenta soltar su mano. Ella se sujetó con fuerza.

Escucha pasos saliendo del cuarto. Abre los ojos y libera la mano de Pedro. Él comenta que sus nietos están contentos y desean verla. Le pregunta si quiere recibirlas. Parpadea una vez.

4

Dos de sus nietas lo consuelan al salir al pasillo. Él responde que está bien; ya se hizo la idea de que la abuela no vivirá, es normal estar triste. Les pide que actúen con calma, sonrían mucho y le hagan creer que pronto estará en casa. Ellas ingresan a verla. Su hija le entrega una bolsa con el rosario, el libro y el cuaderno. Cada nieto recibe instrucciones: llamar a los familiares más cercanos, a un sacerdote amigo de la familia, hacer una lista con lo necesario para enterrarla... Su hijo habla con el representante de un cementerio. Comprará una tumba para su madre y otra para Pedro.

Pedro le dice a su hija que irá a la capilla de la clínica. Ella se ofrece para acompañarlo. Responde que desea estar a solas. Su hija lo coge del brazo y camina a su lado: irá con él hasta la puerta. Acepta fastidiado.

3

El silencio, las velas encendidas y el reflejo de los cristales de colores lo hacen sentir muy solo. Repasa con prisa las cuentas del rosario. No puede concentrarse. Deja inconcluso el sexto Ave María.

Abre el cuaderno y pasa las páginas. Piensa distraerla mostrándoselo. El parque de Ueno, representaciones de teatro kabuki, el monte Fuji, el santuario de Toshogu. Aurora siempre quiso conocer Japón. En los últimos años, su costumbre de recortar artículos y fotografías se acentuó. Él siempre comentaba que pronto dejaría de hacerlo: viajarían y se quedarían varias semanas cuando tuvieran tiempo. Cerámicas de Kutani, un salón de té, la isla de Hokkaido. Cuando ella preguntaba cuándo lo harían, Pedro respondía siempre: cuando podamos. La misma respuesta año tras año: cuando podamos. Cada fotografía se lo repite: cuando podamos. Las promesas incumplidas, el lago Konuma, los fines de semana trabajando para tener dinero cuando ya no era necesario, la rutina de las geishas. El tiempo que pudieron pasar juntos: cuando podamos. Se está muriendo: cuando podamos. No puede salvarla: cuando podamos, cuando podamos, cuando podamos. Nunca más volverá a verla: cuando podamos.

Se toma la cabeza entre ambas manos para llorar. Quisiera arrancarse la piel del rostro y sentir más dolor. Se calma.

Solo hay algo por hacer.

2

Ha resuelto conectarla a un respirador: se lo comunica a la doctora y a sus hijos.

La doctora responde que debe llenar unos formularios. Su hijo la detiene. Su hija afirma que no puede hacerle eso a su madre, ni a él mismo, ni a su familia. Pedro contesta que sí puede, y que lo va a hacer. Su hija empieza a llorar: podría quedarse durante meses en ese estado, es una locura, sería muy egoísta. Pedro le dice a la doctora que la acompañará a llenar lo necesario.

Empiezan a caminar. Su hijo lo retiene, no quiere soltarlo. Forcejean. Pedro le da un puñetazo en la mandíbula. Su hijo cae contra una silla y resbala al piso. Pedro coge un frasco de vidrio que encuentra en una mesa. Le apunta a la doctora y le ordena darle los papeles: ya lo decidió.

1

Un doctor abre la boca de Aurora. Ella siente miedo: no pensaba que el tubo que van a colocarle es tan grande. Roza los dientes. Pasa por su lengua. Desciende por la garganta. Las lágrimas e intentos de moverse hacen que él se acerque y le repita al oído lo que dijo antes de que entraran arrastrando la máquina: *dolerá un poco, pero te sentirás mejor*. Quiere hablar. Siente el tubo enterrándose en ella.

Cierra los ojos. Deja que los médicos continúen su trabajo.

Se acostumbra a la sensación de tener algo atorado. Él ensaya una sonrisa. Quiere que lo vea sonriendo cuando abra los ojos.

Despierta. Pedro la observa desde una silla. Intenta hablar; el tubo la sofoca. Su esposo le pide calma, todo mejorará pronto. En este momento, le funciona la octava parte del pulmón izquierdo. Cuando deje de hacerlo, quedará inconsciente y no volverá a despertar.

El horario de visitas acabará en algunos minutos; él no piensa irse. Ordenó que no dejaran entrar a nadie hasta mañana: quiere pasar la noche con ella.

No importa lo que cueste mantener el respirador encendido. Ni que sus hijos se desesperen, lloren y griten. Seguirá viva, es lo que importa. Estará con ella a partir de ahora. Se extinguirán juntos, se desintegrarán tomados de las manos, se pudrirán uno al lado del otro.

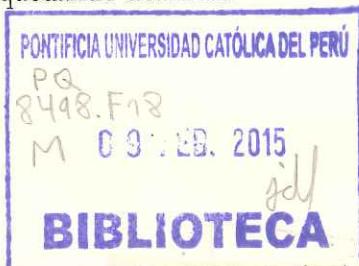
Guarda el libro de oraciones y el rosario en su bolso. Son necesarios para una persona que va a morir, y Aurora vivirá. Y ellos vivirán dentro de esa habitación lo que nunca podrán hacer fuera. Se sienta, toma su mano y comienza a leer una crónica sobre el Día de la Rememoración de Nagasaki.

Ella intenta sonreír y mover los dedos, los siente entumecidos. Quisiera ver a sus hijos. Fingió dormir cuando intentaron visitarla. Se arrepiente por haber sido un poco severa; les hablará cuando le quiten el tubo.

Lee un reportaje sobre los acantilados de Kumano. Respirar se vuelve sencillo. Observa las fotografías del cuaderno y se siente arrullada por Pedro.

Él no deja de sujetarle la mano.

Ella se va quedando dormida.



Este libro se terminó de imprimir en los talleres de
Ediciones Atenea eirl.

Av. Carlos Gonzales 252, San Miguel

Teléfonos: 452-4239 / 452-4123

edicionesatenea@yahoo.com

Lima, julio de 2006